

CLAUDIA PIÑEIRO

**El fantasma
de las invasiones inglesas**

Buenos Aires en 1806



NARRATIVA HISTÓRICA

GRUPO
EDITORIAL
norma

EL FANTASMA DE LAS INVASIONES INGLESAS

Claudia Piñeiro

Grupo Editorial Norma
www.norma.com

(c) Claudia Piñeiro 2009

(c) Grupo Editorial Norma 2010

Reservados todos los derechos.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin permiso escrito de la editorial

Impreso en Argentina

Primera edición: abril de 2010

Primera reimpresión: febrero de 2011

Dirección de colección: Matías Maggio Ramírez

Edición: Natalia Méndez y Cecilia Espósito

Diseño de tapa: Ariana Jenik y Verónica Grandjean

CC: 28001847

ISBN: 978-987-545-243-5

A Lucía, Tomás y Ramiro.

1

ENTRÁS A la escuela como todas las mañanas, preguntándote para qué sirve ir a la escuela. No desayunás porque te levantás con el tiempo justo para llegar antes de que la preceptora te ponga, una vez más, media falta. ¿Para qué sirve ir a la escuela?, te preguntás por segunda vez cuando la cruzás y ella, que está punto de tocar el timbre, se ríe de tu cara de dormido y te pregunta si te olvidaste de dejar la almohada en casa. Salís al patio, izan la bandera, el director saluda a los alumnos y ellos le contestan. Da un pequeño discurso, como todas las mañanas. Te parece que lo que está diciendo ya se lo escuchaste decir muchas otras veces, pero no estás seguro porque te perdiste las tres primeras frases acomodando tu mochila entre las piernas, y las últimas dos tratando de escuchar lo que te dice el compañero que tenés a tu derecha acerca de un partido de fútbol que se armó para esa tarde. ¿Para qué sirve la escuela?, te repetís una vez más mientras avanzás con desgano hacia la puerta de tu aula y sabés que no vas a encontrar la respuesta ni en la primera hora (Físico-química), ni en la segunda (Historia), y mucho menos en la tercera (Literatura). Y al pensar en la tercera hora te acordás con fastidio de que hoy la flaca de Literatura te va a dar el nombre del libro que tendrás que leer y analizar si querés salvar la materia. ¿Querés salvar la materia? Ni siquiera sabés. Ya te llevás tres a diciembre (en la que menos nota necesitás tendrías que sacarte un doce), y Biología directo a marzo (no la podés levantar ni con una grúa). Estaría bien no agregar una materia más, pensás. Pero sabés que no vas a tener ni media pila para ponerte a leer a esta altura del año una novela completa. ¿Quién podría tener ganas de hacerlo? Sin embargo a la flaca de Literatura se le ocurrió que vos a sí. ¿Por qué? Al Negro Fabiani lo mandó a diciembre cuando le faltaba solo medio punto; y a Melina Garcés, la chica más linda y más odiosa de la división, aunque la madre vino a quejarse, también.

Pero a vos no, a vos te dijo que quería darte una oportunidad, y tus amigos en lugar de felicitarte te gastaron. No solo eso, les sacaron una foto con el celular mientras hablaban y te amenazaron con subirla a Facebook con el comentario de que la flaca de Literatura te tira onda. Y no es cierto, ella no te tira onda, vos sabés que no, pero tampoco entendés a qué viene esa oportunidad que insiste en darte y que, a primera vista, no te interesa. Vos ya estás pensando en las vacaciones. Y en cómo vas a convencer a tus viejos de que te dejen ir a la fiesta de egresados que hacen este jueves los chicos más grandes del colegio. Definitivamente noviembre no es un mes para leer novelas ni salvar materias.

La hora de Físico-química y la de Historia pasan sin gloria pero con pena, con mucha pena. A vos se te escapa un bostezo atrás del otro y el

de Historia amenaza con ponerte un uno. ¿Un uno porque tenés sueño? Y sí, ahora parece que es así. Desde que sacaron las amonestaciones en tu colegio te ponen unos porque bostezás, o porque tenés la camisa fuera del pantalón, o porque estás sentado mal en la silla. Y no hay nada que hacerle, te morís de sueño, la voz del profesor es una canción de cuna que llega como un susurro a tus oídos. Pero como Historia es una de las materias que venís salvando con lo justo, hacés un esfuerzo para abrir bien grandes los ojos y cortar cualquier nuevo bostezo antes de que se te abra la boca. Aunque apenas puedas escuchar lo que el profesor intenta explicarles a vos y a tus compañeros, eso ya sería demasiado pedir. Un recreo que se pasa volando y llega la tercera hora. Volvés al aula, y antes de que te sientes en tu lugar entra la flaca de Literatura y, mientras abre su bolso lleno de papeles, te llama a su escritorio. Te levantás con cero ganas y cuando avanzas por el pasillo te parece escuchar dos o tres risas. Pero no te detenés ni te das vuelta para ver quién se ríe de vos, porque sabés que se ríen de vos, que siguen insistiendo con que la profesora te tira onda. Llegás al escritorio y te quedás parado frente a la flaca sin decir nada. Ella ni te mira porque está revisando su bolso en busca de algo, y vos la dejás que lo haga tranquila; sabés que cuanto más tiempo de la clase se evapore, mejor, para vos y para tus compañeros, y que aunque ahora se ríen, te lo van a agradecer. Unos segundos después la flaca de Literatura te mira sonriendo mientras saca la mano de adentro del bolso y la agita en el aire mostrándote el tesoro que trajo para vos: un libro, una novela, esta, la que estás leyendo ahora, en este mismo momento, esta página que tenés frente a vos, estas letras, estas palabras. La historia que voy a contarte si aceptás la oportunidad que la flaca de Literatura quiere darte y seguís leyendo este libro que tenés entre tus manos. Y si lo hacés (no quiero presionarte con lo que voy a decir) no solo te vas a dar una oportunidad a vos, sino también me vas a dar una oportunidad a mí. ¿Por qué? Eso es largo de contar y lo sabrás si llegás a la última página. ¿Que quién soy? Eso sí puedo decirlo, y es más: si vamos a ser... digamos, socios por el momento, merecés saberlo. Podría darte una respuesta técnica, decirte que soy el narrador de esta novela, pero aunque de hecho lo soy sé que no es eso lo que estás preguntando. Podría decirte que soy el autor que inventó esta historia, pero no soy escritor. O incluso podría decirte que soy algo así como un ladrón de historias de otros, alguien que escuchó esta por allí y decidió escribirla. No puedo mentirte, ni siquiera decirte verdades a medias. No soy nada de eso. Mi nombre: Julián Espósito. Me he visto obligado por las circunstancias a escribir este libro para que alguien como vos lo lea Y aunque hablo con tus palabras, y aunque uso un lenguaje como el que usarías vos y cualquiera de tus amigos, es solo porque lo

aprendí de tanto escuchar, porque hace mucho tiempo que me la paso observando con atención a quienes van y vienen junto a mí en las pocas manzanas y por las pocas calles en las que me es permitido deambular. Pero no soy como vos ni como tus amigos. Yo soy un hombre que tiene doscientos dieciocho años. Sí, doscientos dieciocho. No, no, yo no miento. No busques excusas para cerrar el libro. Nadie necesita excusas para cerrar un libro, ni para abrirlo. Es cierto lo que digo, aunque tal como sospechás debo reconocer que hay una imprecisión en la última frase. Pero lo impreciso no es la edad, a pesar de que esa debe ser tu sospecha. Lo que no es preciso es que siga atribuyéndome calidad de humano. Porque alguna vez lo fui, es cierto, pero no puedo asegurar que hoy lo siga siendo. En rigor de verdad soy un fantasma. Un fantasma condenado por la maldición de un espía, un hombre sin patria, que me obliga, aún hoy, a vivir encerrado en este lugar.

¿Reconocés las calles de mi prisión, los edificios que me rodean? Tal vez sí, tal vez hayas pasado por ahí muchas veces, o te hayan llevado de excursión. Una zona que va de Maipú a Alem y de Tucumán a Venezuela. Pero si hubieras escuchado lo que con entusiasmo te decía la flaca de Literatura mientras te entregaba el libro, sabrías además que esta historia, la que tenés entre tus manos, transcurre entre 1806 y 1807. Me pregunto si te acordás qué pasó en ese lugar en esos años, cuando las calles se llamaban de otro modo y varios de los edificios que hoy están allí no existían aún. No, es cierto, aunque lograste salvarla, Historia no es una materia que te importe mucho. Entonces te cuento, para que te vayas poniendo en tema: en aquellos años y en este lugar trascurrieron las acciones principales de los enfrentamientos por las invasiones inglesas. Y allí es donde estoy preso desde 1807. En esas pocas manzanas que rodean una gran plaza. Plaza Mayor, Plaza Grande, Plaza de Armas, Plaza del Fuerte, Plaza del Mercado, Plaza de la Victoria, Plaza 25 de Mayo. Distintos nombres para nombrar un mismo lugar. En nuestra historia cada tanto alguien que llega al poder cree que sabe más y mejor, entonces cambia sin demasiado fundamento lo que hizo quien estuvo antes que él. En este caso, el nombre de una plaza. Su último nombre, el que tal vez perdure para siempre, el que vos conocés: Plaza de Mayo. Pero ese *mayo* es el de 1810, y para cuando me condenaron a esta prisión de tiempo y espacio, a permanecer eternamente en este lugar entre la vida y la muerte, no existía aún ni cabildo abierto, ni mayo, ni revolución. Eso fue tres años después, aunque la semilla de la revolución ya estaba germinando. Yo vi todo, yo estuve allí, aunque nadie me haya visto. Ya entonces era un fantasma. Vi lo que pasó en esa plaza desde 1806 hasta hoy. Sigo allí viendo sin que nadie me vea. Y te digo que con lo que presencié hasta ahora podría escribir varios libros como este.

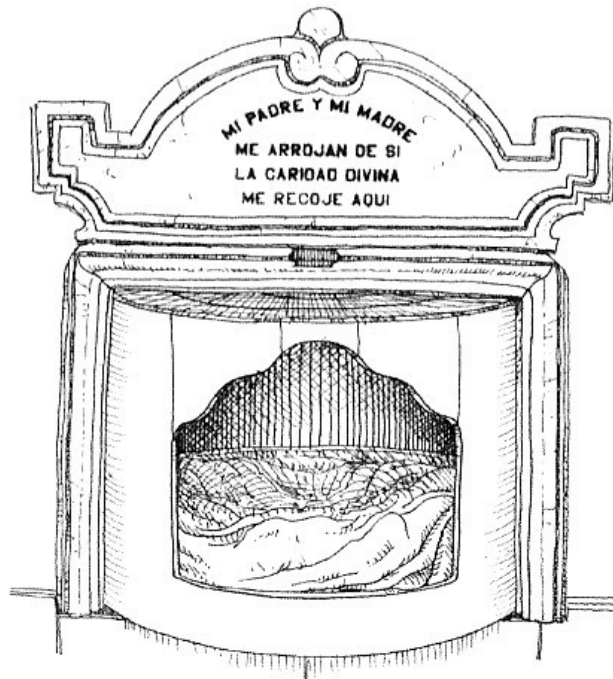
Gran parte de la historia argentina transcurrió en los alrededores de esa plaza. Y probablemente seguirá transcurriendo. Pero yo espero, algún día, no estar más aquí. Y no es desagrado, ni desprecio, ni mala onda. Es simplemente que yo también, como cualquiera, necesito descansar. Tal vez, gracias a vos, en poco tiempo mi historia cambie y pueda irme en paz. Tal vez. Si me das la oportunidad que te pido y lees esta historia hasta el final me estarás dando, al menos, alguna posibilidad. Aunque de tanto en tanto cierres el libro fastidiado. Aunque de tanto en tanto bosteces, yo no te voy a poner un uno como el de Historia. Aunque de tanto en tanto te preguntes de qué sirve leer este libro si ni siquiera sabés si te importa llevarte Literatura a diciembre.

Y por último, a costa de ser reiterativo, quiero ser claro y sincero con vos hasta las últimas consecuencias: lo mío es, antes que nada, un pedido egoísta, porque de que vos leas esta novela y creas en lo que cuento, depende mi libertad.

2

NACÍ CATORCE años antes de 1806. Y aunque una mujer tiene que haber sido mi madre, nunca la conocí. Tampoco a mi padre. Yo soy un niño expósito. De ahí mi apellido: Espósito. A lo mejor ya lo escuchaste si tuviste la suerte de que la flaca de Literatura te diera para leer *Crónica de un iniciado*, de Abelardo Castillo, y lo leíste; o si al menos viste de qué se trata en *El rincón del vago*, para zafar en la prueba, lo cual habría sido una verdadera pena. No que hayas zafado, claro, sino que te hayas perdido de leer esa novela. Espósito, por *expósito*, lo que quiere decir que mi mamá me dejó, me expuso. *Ex positus* en latín quiere decir "puesto afuera". Por suerte vos no tenés Latín; da las gracias, los chicos que estudian en el colegio de Bolívar al 200, acá en la zona donde yo vivo, sí tienen que aprender latín. A más de uno los oí quejarse. Si vos te preguntás para qué sirve Físico-química o Historia, imaginate cuántas veces se preguntarán ellos para qué les sirve estudiar latín. Muy cerca de allí, en Perú y Alsina funcionó la primera Casa de Niños Expósitos. En ese edificio había funcionado antes un arsenal de guerra. Y antes de eso el edificio había pertenecido a los jesuitas, hasta que fueron expulsados del Virreinato, pero esa es otra larga historia que tendrá que contar otro, no yo. Yo apenas si me atrevo a contar esta.

Volviendo a lo mío, para cuando yo nací la Casa de Niños Expósitos ya había sido trasladada a Moreno y Balcarce, y es allí donde me expuso mi mamá, en el torno. Te ahorro Wikipedia, esto es un torno:



Reconozco a este torno como mi verdadera madre, como el cachorro de hombre que fue criado por una loba, o el cisne que nace de un

huevo que incubó una pata: uno abre los ojos y lo que está allí es su madre. El primer torno que funcionó en Buenos Aires apareció en 1779, cuando los vecinos le pidieron al virrey Vértiz que abriera una casa donde las mujeres pudieran dejar a los recién nacidos que ellas no estaban en condiciones de criar. El asunto de que hubiera desde la conquista de América demasiados hombres en tránsito por estas tierras y pocas mujeres, provocó muchas violaciones de nativas que luego tenían embarazos no deseados y abandonaban a esos niños. También susurraban por los pasillos de la casa, tratando de mantener un secreto que no era secreto para nadie, que los niños mulatos que entraban a través del torno eran consecuencia de amores de mujeres de la sociedad con sus sirvientes negros, que al comprobar que los recién nacidos eran de color los abandonaban para que la relación no se hiciera pública. Sea cual fuera su origen, cuando no existía el torno los niños eran abandonados en la calle o en las entradas de las iglesias, y entonces las consecuencias para los bebés eran las peores: morían de frío o hambre, eran aplastados por carruajes, o comidos por perros o cerdos salvajes. O sea, no es bueno que tu madre sea un torno, pero peor es que te coma un cerdo.

El torno funcionaba así: en el frente de la Casa de Niños Expósitos estaba este lugar tal como lo ves en la ilustración, un hueco en la pared forrado en madera, recubierto con sábanas donde dejar al recién nacido. Junto al torno había una campanilla. La mujer llegaba, dejaba el bebé y tocaba la campana. Entonces se iba con rapidez para proteger su identidad, y un empleado de la casa, desde adentro, hacía girar el torno para que el niño ingresara sin que nadie se enterara quién era su madre. Sí, suena duro, pero hay que analizar ciertos hechos y actos con perspectiva histórica, y no desde el lugar donde estamos parados hoy. Ya sé, ya sé, la historia no es tu fuerte, pero intentá el esfuerzo.

Lo cierto es que en ese lugar fui criado y crecí junto a otros niños. Tuve muchos amigos que crecieron allí conmigo. Pero mi mejor amigo, Manuel Brownie, no era un niño expósito sino el ahijado de Juan José Pérez, el director de la imprenta. O al menos él lo llamaba padrino. La gente no hablaba bien de Pérez, sobre todo Agustín Garrigós, el anterior director de la imprenta, que más de una vez se metió en la casa para gritarle palabras como "corrupto", "estafador" y "sinvergüenza". Un día entró por un pasillo donde yo jugaba con un amigo y estaba tan desencajado y tan fuera de sus cabales que me enganchó con su capa y casi me tira al piso. Del susto salimos corriendo y nos escondimos en la cocina. María, la cocinera, una mujer mulata que muchos años atrás también había sido criada en la casa, siempre nos daba refugio cuando lo necesitábamos. Ella además sabía muy bien y con lujo de detalles todas las historias de adentro y de afuera de la casa, y las contaba

mejor que nadie, porque no solo se trata de conocer historias sino de saber contarlas. Por ella supimos que en 1804 Pérez había logrado sacar a Garrigós de la administración de la imprenta de los Niños Expósitos ofertándole una suma mayor al virrey. Hasta ahí nadie podía quejarse, era algo así como darle el negocio al mejor postor, lo que ahora llaman una licitación. Pero al poco tiempo el virrey le redujo al padrino de Manuel la tasa que debía pagar y el padrino terminó pagando menos que lo que pagaba el concesionario anterior. O sea, una avivada. Ese debe haber sido uno de los primeros actos de corrupción en nuestro país, que inauguró una lista ininterrumpida y consecuente. En eso Garrigós tenía razón, pero nunca pudo probarlo y Pérez continuó al mando de la imprenta.

Aunque su padrino no gozara de buena fama, Manuel era otra cosa. Tenía pocos años más que yo, nunca supe bien su edad, tal vez dieciocho, y Pérez le encargó que nos enseñara a manejar la imprenta a mí y a otros tres compañeros. Y yo sentí que esa relación establecía para mí un camino de iniciación. Desde el primer día lo vi como alguien importante, alguien a quién admirar. Tal vez porque un muchacho que sabía cómo hacer que un aparato de madera y metal escribiera letras sobre el papel era alguien al que había que tenerle respeto. Manuel era tipógrafo, cajista, corrector, encuadernador. Y muchas cosas más que fui sabiendo a medida que pasó el tiempo.

Como te dije, mis amigos y yo éramos cajistas. La *caja* era un cajón de madera rectangular con distintos compartimentos (cajetines) donde se colocaba cada signo tipográfico o letra (como un sello de metal). Arriba iban las mayúsculas. Abajo las minúsculas. Y en el costado superior derecho las letras que menos se usaban (x, w). El cajetín para la a o la e era más grande que el de la efe, por ejemplo, porque para armar una frase o un escrito se usan más aes y es que efes. Fijate en este párrafo que estás leyendo: hasta los últimos dos puntos hay 60 aes y 6 efes. Los cajistas teníamos que saber de memoria dónde estaba cada letra para poder armar con rapidez la frase que necesitábamos. ¿Te parece difícil? No creas, menos difícil de lo que me parece a mí verte apretar con el pulgar los botones de tu celular para mandar un mensaje de texto en medio segundo. Claro que a nosotros no nos estaba permitido tener faltas de ortografía ni acortar palabras. Nada de:

el birrei dic q c proive tomar alcol en to2 los parqs

Las letras que formaban una palabra se ponían en el componedor, que era como una regla de metal o madera. Por ejemplo: de la caja sacabas la ve corta, la i, dos erres, una e y una y, y las acomodabas en el componedor para armar la palabra *virrey*. Luego completabas el resto

de la oración, y con varios componedores todo el escrito. Por último se ponían los componedores en el galerín, se entintaban los tipos con un rodillo empapado en tinta y todo iba a la prensa para que saliera en papel impreso. Luego de imprimir venía la parte de la limpieza y el orden, que era lo que menos nos gustaba. Se limpiaba la tinta con un cepillo de cerdas de jabalí que se llamaba *bruza*, se guardaban las cajas en el *chibalete* (una especie de armario donde había rieles en los que entraba una caja debajo de la otra) y nos íbamos a descansar hasta el día siguiente.

Sí, ya sé, no entendiste nada, pero te cansaste como si hubieras trabajado vos mismo en la imprenta. Okey, en un blog que armé para vos, puse un link a YouTube. Entrá acá:

<http://elfantasmadelasinvasiones.blogspot.com/>

Ahí vas a ver cómo trabaja una imprenta de tipos móviles. Está en inglés, espero que entiendas. Y si te llevaste Inglés también, el año que viene no te la lleves, dale.

La de YouTube es una imprenta a la antigua pero que funciona hoy. No te conseguí en Internet un video de las de mi época, claro, pero sí una imagen que podés encontrar en el blog.

Parece una máquina de tortura, sí, pero no lo era. La imprenta de la Casa de Niños Expósitos era la máquina más maravillosa que yo hubiera conocido hasta el momento. Una máquina capaz de imprimir cartillas, catecismos, calendarios, boletines, proclamas, el *Telégrafo Mercantil*, y hasta libros. De allí salió la primera traducción del *Contrato Social*, de Jean Jacques Rousseau, que se hizo en Buenos Aires, pero recién en 1810 cuando ya hacía tres años que yo era un fantasma. Allí se imprimió la invitación al cabildo abierto del 22 de mayo en ese mismo año. Me hubiera gustado imprimirla yo mismo, pero ya no estaba en este mundo. En poco tiempo y gracias a mi entusiasmo pasé a ser uno de los cajistas destacados, y me tocó imprimir todas las hojas y folletos que se repartieron durante las invasiones inglesas. Esos fueron los momentos más intensos de mi trabajo, porque no solo imprimíamos sino que nos enterábamos de cada noticia antes que nadie y eso nos llenaba de adrenalina.

Unos años antes, la imprenta había llegado a nuestra casa por decisión del virrey Vértiz y como una forma de darnos un ingreso que pudiera subvencionar los gastos de tantos niños criados sin sus padres. Él había escuchado que en el Colegio de Monserrat, en Córdoba, había una imprenta que había sido de los jesuitas y que junto con el colegio había pasado a otras manos cuando esa orden religiosa fue expulsada del Virreinato. ¿Escuchaste de arrebatos parecidos, no? Pero a veces se arrebatan por arrebatar, y después de este arrebato nadie tuvo la visión de darse cuenta del valor de la imprenta, así que cuando el virrey la pidió tuvieron que buscarla por todas partes porque nadie sabía dónde

diablos estaba. La encontraron arrumbada en un sótano, desvencijada, en muy mal estado, le faltaban varios accesorios, y muchos de los tipos que encontraron en las ocho cajas estaban empastados. Lograr que volviera a funcionar no iba a ser tarea sencilla.

Desde que llegó Manuel hizo mucho para mejorar la imprenta y que cada día funcionara mejor. Tenía manos mágicas que reparaban lo que parecía insalvable. En ese entonces nosotros casi no teníamos contacto con él: lo saludábamos cuando entraba y cuando se iba y durante el día lo espiábamos trabajar a través de una ventana. Veíamos cómo iba y venía con cada pieza, cómo transpiraba, cómo maldecía cuando algo no le salía. Si alguna vez nos descubría en la ventana nos saludaba moviendo apenas la cabeza y luego seguía con su tarea. Recién cuando su tío le encargó que nos enseñara el oficio tuvimos oportunidad de conocerlo mejor y de que dejara de ser alguien a quien mirábamos desde lejos para convertirse en un muchacho un poco más grande que nosotros, que además del oficio nos podía enseñar de la vida que trascurría fuera la casa, allí donde nosotros solo íbamos de vez en cuando, y donde siempre nos sentíamos extranjeros o de prestado. En cuanto empecé a trabajar con él, Manuel y yo nos hicimos amigos. Yo me quedaba fuera de horario a charlar con él para que me contara de lo que hacía cuando salía de la imprenta: de su familia, de sus amigos, de las fiestas y tertulias a las que iba, de las chicas que conocía. De todo le gustaba hablar, excepto de su familia; apenas un día dijo que, como yo, él tampoco tenía padres desde hacía muchos años, pero no aclaró si habían muerto o no, ni en qué circunstancias, y a mí me pareció mejor no preguntar.

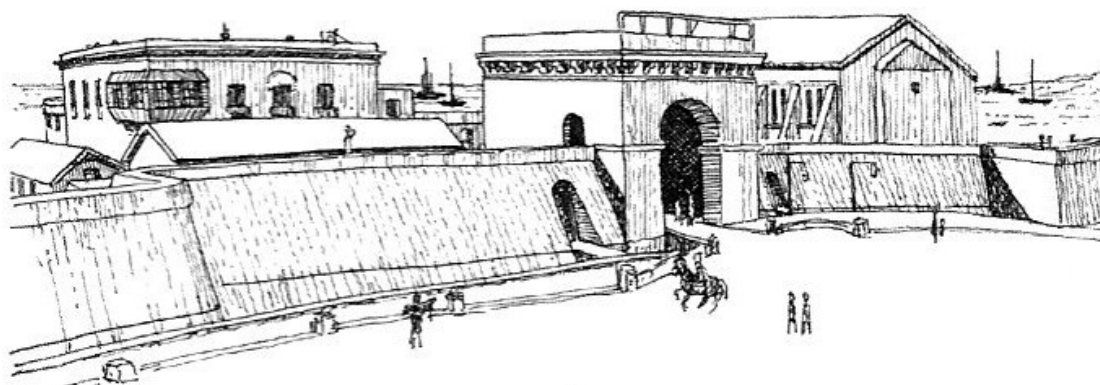
Al fin un día Manuel me propuso que lo acompañara a dar un paseo después del trabajo. "¿Por qué mañana no te venís conmigo cuando terminemos?", dijo. Por mi edad, yo ya tenía autorización para salir de la Casa siempre que volviera a una hora determinada. Me acuerdo de que cuando me lo dijo sentí como un golpe en el pecho, y dije que sí rápido y con voz muy fuerte, para que no se notara que estaba a punto de estallar de contento. Yo me dispuse a salir ese mismo día, pero Manuel me convenció de que era mejor que me trajera ropas más adecuadas. En su casa tenía un pantalón y una camisa que ya no le quedaban y que suponía que a mí me iban a ir bien, y dijo algo así como: "Si no se dan cuenta de dónde venís, mejor, ¿no, Julián?". Y aunque lo que dijo no me sonó bien y no supe qué contestar, tampoco me preocupé demasiado porque lo más importante que me había pasado ese día era que Manuel me había invitado a pasear con él por la ciudad, y si era con mi ropa o con otra, lo mismo daba.

ESPERÉ EL día siguiente con ansiedad. Dormí mal esa noche, deseando que pronto amaneciera. Pero cuando uno quiere que las horas pasen rápido es cuando más parecen alargarse, como si una hora no fuera solo sesenta minutos, y cada minuto fuera infinitamente más que sesenta segundos. Sí, lo mismo que te pasa a vos cuando estás en clase. Apenas salió el sol me levanté, me vestí y fui para la imprenta sin siquiera desayunar. María se quejó, "No se puede trabajar todo el día con el estómago vacío, Julián". Y me alcanzó unos pastelitos de dulce que fui comiendo por el pasillo para no despreciarla. Estuve parado frente a la puerta antes que nadie. Cuando llegó Manuel, nos saludamos como todos los días sin que ninguno de los dos mencionara su propuesta del día anterior. Me tranquilicé diciéndome a mí mismo que seguramente no me hablaba del tema porque estaban los otros chicos y él solo me había invitado a mí, lo que no dejaba de ser halagador. Pero en dos o tres oportunidades en que quedamos solos, separados del resto, Manuel tampoco dijo nada. Ese día hubo mucho trabajo, me acuerdo de que a media tarde sentí algunos mareos porque se me nublaba la vista de tanto colocar tipos de letras en la caja. El virrey Sobremonte estaba particularmente comunicativo con los vecinos, y para colmo el obispo esperaba esa misma tarde el catecismo que le habíamos prometido. ¿A cuál de los dos darle prioridad? "A los dos", dijo Manuel, "hay que estar bien con Dios y con el diablo, y no me pregunten quién de los dos es Dios y quién el diablo", aclaró y se rió.

Así que trabajamos como burros y cumplimos con el virrey y con el obispo. Al final de la tarde limpiamos los tipos, ordenamos las cajas en el chibalete, barrimos, y por último juntamos nuestras cosas dispuestos a irnos. Menos yo, que mantenía aún la esperanza de que ese no fuera un día como todos. Pero Manuel seguía sin hacer ninguna mención a nuestra salida, y empecé a pensar que, tal vez, yo lo había soñado. Al rato se fueron los otros chicos, y ya no quedaba mucha de aquella esperanza que me sostuvo durante todo el día. Manuel tomó su chaqueta y una bolsa, y empezó a ir también hacia la salida. Yo lo seguí resignado, sin atreverme a preguntarle qué había sido de su invitación. Entonces, justo antes de atravesar la puerta se dio vuelta, me miró serio, movió el dedo índice en el aire como si fuera a sermonearme, pero entonces se sonrió, me arrojó la bolsa y dijo: "Dale, cambiate rápido que se nos hizo tarde". Adentro de la bolsa estaba la ropa que me había prometido y un par de zapatos que, aunque me apretaban, me puse sin que me importara.

Salimos a la calle y recorrimos la ciudad. Manuel me enseñó la iglesia de San Ignacio, el Colegio San Carlos, y la iglesia de San Francisco.

Dimos dos vueltas enteras a la Plaza Mayor y nos detuvimos a mirar el fuerte desde distintos ángulos. Acá te pongo una imagen para que veas cómo era:



A medida que avanzábamos, Manuel me recitaba el nombre de las calles, de izquierda a derecha, del río hacia el centro, para que yo las aprendiera de memoria. Algunas no tenían nombre, pero se conocían por el apellido de las familias que allí vivían, o por el de las iglesias o el de las plazas. Las que sí lo tenían, llevaban el de algún santo: San José, Santísima Trinidad, San Martín, Santo Cristo. Recién a partir de 1808, cuando ya había transcurrido un año de mi vida de fantasma, las calles empezaron a cambiar sus nombres por el de los héroes de la Reconquista de 1806 y la Defensa de 1807 durante las invasiones inglesas. Y como ya sabrás, si es que alguna vez anduviste por ahí, ninguna llevó, lleva, ni llevará nunca mi nombre. Nadie cree que un chico de catorce años, haga lo que haga, puede ser un héroe. Y si alguien alguna vez lo creyó, pocos se acuerdan. ¿Te acordás vos acaso del tamborcito de Tacuarí? Imagino que no, que no te acordás, por las dudas en el blog podés averiguarlo (<http://elfantasmadelasinvaciones.blogspot.com/>), ahí también hay un link a Wikipedia. Y si pocos se acuerdan de él, por qué alguien se va a acordar o saber de mí.

A lo largo del paseo, Manuel no se cansaba de saludar gente. A veces solo lo hacía con una inclinación de la cabeza, levantando apenas su sombrero. Otras, se paraba unos minutos e intercambiaba saludos para las respectivas familias, o preguntaba por la salud de alguien, o si fulano o mengano habían regresado de viaje; pero las preguntas sonaban como fórmulas de cortesía sin que pareciera que las respuestas le importaran demasiado. Sin embargo, en algunas ocasiones, y esas eran las que más me interesaban, Manuel se paraba con entusiasmo dispuesto a charlar un rato con quien se detenía frente a él; en esos casos hablaban de alguna noticia, de la situación en España, de cómo iba la economía, se quejaban o alababan las últimas disposiciones del virrey acerca del comercio y el monopolio, y de otras

cosas por el estilo. Por momentos me parecía que hablaban en clave, o que el tema escapaba tanto a mis conocimientos que me era imposible terminar de entender. Pero igual me cautivaba oírlo, me podía quedar un rato largo allí, escuchándolo. Sí, hoy puede sonar aburrido, pero en ese momento el fútbol no existía, ni el rock, la cumbia o la música electrónica, y viviendo dentro de la Casa de Niños Expósitos cualquier conversación que me hiciera parte de la vida que transcurría afuera me llenaba de excitación. Aunque debo reconocer que, más allá del tema en sí mismo, lo que me cautivaba era la pasión que Manuel ponía al hablar de esos asuntos.

Frente al Cabildo nos encontramos con un tal Peter Brand. El hombre le dijo a Manuel algo así como: "Avisale a... tu padre... que las naves coloradas ya dejaron atrás Brasil". "¿Ya?", dijo Manuel con sorpresa pero también entusiasmo. "Ya", repitió su amigo. Me extrañó que el hombre mencionara al padre de Manuel, de quien él nunca hablaba. Para ese entonces yo había concluido que habría muerto hacía muchos años y que por eso Juan José Pérez se había ocupado de su educación y cuidado. En eso pensaba cuando Manuel se despidió de su amigo diciendo: "Sí, sí, le aviso", y yo preferí no indagar acerca de un asunto tan delicado como la muerte de su padre, ya que mis preguntas no servirían para mucho más que ponerlo triste. A lo mejor Peter Brand se había confundido a Manuel con otro, o simplemente yo había oído mal. Solo le pregunté: "¿De qué naves coloradas hablaba tu amigo?". Pero él no me contestó.

Empezaba a anochecer. Yo hubiera seguido dando vueltas toda la noche, pero Manuel me dijo que era mejor que volviéramos a la casa, que por ser la primera vez, ya estaba bien de paseo. Sin oponer resistencia, y agradecido por la tarde que me había regalado, lo seguí por el camino que me llevaba otra vez al que era mi hogar: la Casa de los Niños Expósitos. La tarde y el paseo habían terminado. Sin embargo, el destino me tenía reservada la mejor parte de esa salida. Porque fue en ese último tramo que nos encontramos con Encarnación Casamayor. Ella venía caminando apurada por la misma calle que nosotros pero en sentido contrario. Primero pensé que era una fantasía, algo que yo me inventaba por la excitación y el cansancio de haber caminado tanto por la ciudad. Pero a medida que se acercaba, su figura, su cara, sus manos y sobre todo sus ojos verdes y su pelo negro se hacían más reales y ella toda más linda. Olía como huelen las flores. Nos sonrió, y digo "nos" porque le sonrió a Manuel, pero también a mí. La acompañaban una sirvienta, Cata, y uno de sus hermanos, Gonzalo, un chico unos años menor que ella. Encarnación se paró junto a nosotros y Gonzalo le advirtió: "Si no nos apuramos y llegamos de noche, mamá nos mata". Pero a ella no pareció preocuparle. "Me parece que tu hermano tiene razón, doña Sofía Casamayor no se caracteriza por el

buen carácter, y aunque no creo que te mate como vaticina tu hermano, seguro te dará un buen castigo", sentenció Manuel, "sos muy chica todavía para andar por la calle a esta hora". "¿Te olvidaste que ya cumplí catorce?", le preguntó ella sin acobardarse por nada de lo que Manuel había dicho. Y antes de que él respondiera me miró con sus ojos verdes que me helaron la sangre, me sonrió otra vez, luego lo miró a Manuel y le dijo: "Si no me presentás a tu amigo... lo tendré que hacer yo misma". Otra vez se dirigió a mí, "Soy Encarnación Casamayor", y agarrando su vestido a cada lado flexionó apenas las rodillas a modo de saludo. Yo iba a decirle mi nombre pero Manuel se me anticipó y habló por mí: "Julián... del Campo", dijo. Me sorprendió que no dijera mi apellido sino otro, pero poco me importó en ese momento la confusión. Otra vez el hermano se quejó de lo tarde que era y de los retos que él recibiría por su culpa. Cata, con timidez, dijo que a ella también la retarían, entonces Encarnación, por fin, aceptó que era hora de seguir camino a su casa. Nos despedimos, Manuel dijo: "Saludos a doña Sofía y a don Félix". "Serán dados", le contestó ella. Dio unos pocos pasos que conformaron a su hermano y a la mujer, pero luego se detuvo, se volvió hacia nosotros y dijo: "Vengan el viernes a la noche a casa, hay tertulia y baile". "Sí", dijo Manuel, "tu padre ya me había invitado". "Me imaginé", le contestó ella, "pero yo los estoy invitando a los dos. ¿Van a venir?". Y Manuel, aunque pareció algo sorprendido, contestó por él y por mí: "Sí, claro, vamos. Los dos".

Manuel y yo seguimos a Encarnación con la mirada, en silencio, hasta que dio la vuelta en una esquina y desapareció. Entonces nos pusimos otra vez en marcha. No hablamos mucho esas cuadras, como si los dosuviéramos algo que ocultarle al otro. Aunque le dije que no hacía falta, Manuel me acompañó hasta la puerta de la casa. Antes de despedirse dijo: "¿No te molesta que te haya cambiado el apellido, no? Supongo que entendés por qué lo hice...". El comentario me tomó por sorpresa, yo había borrado el episodio de mi nombre de la cabeza. Me quedé callado un instante, y luego, como si por fin pudiera pensar otra vez, le contesté: "Sí, claro, es como la ropa, mejor que no se note de dónde vengo". Manuel asintió, y dijo: "Me alegro que entiendas". Yo le agradecí el paseo, y me fui.

Apenas comí esa noche. Los esfuerzos de María por convencerme de que probara su guiso fueron vanos. Me acosté en la cama y cerré los ojos para que me viniera a la mente la imagen de Encarnación. No tuve que esforzarme demasiado, en cuanto lo intenté apareció. La misma imagen que aparece hoy cada vez que cierro los ojos y pienso en ella. Yo no tenía dudas de qué había pasado esa tarde, cuando parecía que el paseo ya había terminado, no bien estuve parado frente a ese pelo negro lleno de bucles y ese par de ojos verdes tan grandes y

transparentes como nunca yo había visto antes: esa tarde me enamoré de Encarnación Casamayor, a primera vista, y como un tonto. Y hoy, más de doscientos años después, sigo igual de tonto y enamorado.

4

LO QUE pasó entre ese día y el viernes siguiente no tuvo mucha importancia, solo llenar el tiempo con trabajo y más trabajo en la imprenta para que por fin llegara la noche de la tertulia en la casa de Encarnación. Esta vez no esperé a que Manuel comentara algo, "¿Me pasás a buscar el viernes o nos encontramos en la casa de los Casamayor?", le pregunté a mitad de semana. "Con un solo paseo por la ciudad no creo que estés en condiciones de llegar a ninguna parte. Te paso a buscar", dijo y así lo hizo.

La casa de los Casamayor era de las más grandes de la ciudad, y eso me intimidó. Nos paramos frente la puerta principal de madera, Manuel llamó con tres golpes secos y Cata nos abrió la puerta. Pasamos a una sala, y luego a un salón principal con muebles macizos, espejos, arañas de caireles, fanales y alfombras de muchos colores. El piso mismo era una novedad para mí, cubierto de ladrillos. Y los techos de madera blanca. Nada se parecía allí a la Casa de los Niños Expósitos. De pronto empezó a sonar una música a la que Manuel se encargó de ponerle nombre: "Eso es un minué, Julián. ¿Vas a bailar, no?". Su comentario logró ponerme aún más nervioso; yo no tenía idea de cómo se bailaba un minué ni ninguna otra cosa. Sin embargo, el ambiente se veía distendido, familiar, algunos bailaban, otros no. La mayoría de la gente charlaba y tomaba mate, algunos hombres vino blanco, y cada tanto pasaba una sirvienta ofreciendo empanadas de picadillo de carne y cebolla. Las mujeres movían sus abanicos de encaje y marfil con elegancia y como si hiciera calor a pesar de que estábamos en pleno junio. Era una típica tertulia, de esas a las que yo nunca había asistido pero de las que tanto había oído hablar a Manuel. Algo así como una fiesta en una casa, donde se charla, se baila, se come, y la gente intenta divertirse.



Sí, sí, estos muy divertidos no parecen. Yo tampoco lo estaba. Busqué a Encarnación con la mirada por todo el salón pero no la encontré. Manuel se apartó para hablar con una mujer muy elegante, algo mayor que él, linda, a la que no me presentó y con la que luego se fue hacia el interior de la casa. A pesar de la descortesía de mi amigo, enseguida me enteré de quién era esa mujer cuando un hombre a mi lado dijo: "¿Dónde van Manuel y la Perichona?". Así supe su nombre. O mejor dicho su nombre era Ana Perichón, pero todos le decían la Perichona. "Mejor no averiguar", le contestó la mujer con la que hablaba, "hoy todos ellos lucen muy raros". No supe entonces a qué se refería con "todos ellos", pero entendí que esa ignorancia confirmaba que yo no pertenecía a ese lugar. Me sentí incómodo, parado ahí sin conocer a nadie, sin entender de qué hablaban, sin que apareciera Encarnación por ninguna parte. Pensé que lo mejor sería que me fuera sin despedirme ni llamar demasiado la atención, si total nadie se fijaba en mí. "Está en el patio principal", oí que me decía una voz que me llegaba desde la espalda. Me di vuelta, era Gonzalo, el hermano de Encarnación que había conocido unas tardes antes. "Si quieres te acompaño". No esperó a que le contestara y empezó a caminar. Yo lo seguí. El chico me guió por las habitaciones de la casa hacia donde estaba Encarnación y luego salió corriendo otra vez hacia el salón. Apoyada sobre el aljibe ella se veía hermosa, tal como la recordaba, pero parecía preocupada. Yo no sabía si acercarme, pero ella me sacó de la duda porque en cuanto me vio me llamó con la mano para que fuera donde estaba. "¿Qué pasa?", le dije, "¿a vos tampoco te gusta bailar?". "Sí, me gusta, pero hoy no", me contestó. "Ese es mi cuarto", dijo y señaló una puerta, "y ese el de mi hermano". Luego se quedó callada. Esperé unos minutos a que ella dijera algo más, pero parecía ausente. Ya era de noche y hacía frío, a Encarnación no parecía afectarle. "¿Qué pasa?", volví a preguntar. Ella suspiró. "Tengo miedo", dijo por fin. "¿Por qué?", le pregunté. "¿De verdad querés saber?", me preguntó a su vez. "De verdad", le dije. Entonces Encarnación me tomó la mano y me llevó a través de la casa, primero pasamos a otro patio, "el patio de los sirvientes", me dijo, y luego a un patio donde había una huerta y un corral. Por un camino muy angosto me hizo rodear el corral, las gallinas dormían y nos esforzamos por no despertarlas de manera que no hicieran ruido y nos delataran. Yo de verdad no entendía ni qué pasaba ni a dónde me llevaba Encarnación, pero empezaba a preocuparme, y para colmo el olor de la caca de las gallinas me dio náuseas. Cuando parecía que el camino había llegado a un punto sin salida, ella movió las ramas de una enredadera y apareció una puerta pequeña. La abrió y salimos a la calle. "¿Estás segura de que si tus padres se dan cuenta de que no estás en la casa no se van a enojar con vos?", le pregunté. Mi madre no se va a dar cuenta, está

demasiado ocupada en atender a sus invitados, y mi padre no está en la casa". "¿Dónde está? ¿No es él quien invitó a esta fiesta?". "Sí, pero ahora está en el lugar a dónde te estoy llevando", me dijo y no parecía orgullosa de su respuesta.

Luego de caminar varias cuadras, Encarnación me hizo cruzar la plaza en diagonal hacia la zona del fuerte. "Están ahí", dijo y señaló una fonda que se llamaba Tres Reyes, en la esquina de Santo Cristo y Las Torres (en la última Filcar, Rivadavia y 25 de Mayo); la esquina donde hoy, vaya la paradoja, está el edificio de la SIDE (Secretaría de Inteligencia del Estado). Nos asomamos por una ventana intentando que no nos vieran. Encarnación me fue diciendo los nombres de los que veía: su padre, Peter Brand (el que habló de los barcos colorados en mi paseo con Manuel), un hermano de Félix Casamayor, un tal Padilla, un portugués llamado Silva Cordeiro, y algunos hombres más que ella conocía de verlos en reuniones en su casa pero de los que no recordaba el nombre. Y solo una mujer: "La que está a la derecha de mi padre es la Perichona", me dijo, aunque yo ya la había reconocido. "¿Qué hacen todos acá?", pregunté. "Festejan", me respondió ella. "¿Qué cosa festejan?" "Que en muy pocos días esta ciudad pasará a manos de los ingleses."

La noticia me dejó helado, no podía creerlo, pero Encarnación estaba absolutamente segura de lo que decía y de qué festejaban quienes estaban allí. Me extrañó que no estuviera Manuel y se lo hice notar. "Yo lo vi salir del salón principal con la Perichona." "No sé", dijo ella, "yo también creí que estaría acá, pero a veces no termino de entender de qué lado está Manuel Brownie". Rodeamos la posada, dimos vuelta la esquina, nos llamó la atención el olor a incienso que salía de una habitación, una de las ventanas tenía un listón roto y permitía ver hacia adentro. Nos asomamos con mucho cuidado, no había demasiada luz pero lo que pudimos ver alcanzó para asustarnos: varios hombres con túnicas marrones y antifaces haciendo una ronda alrededor de otro hombre vestido con túnica y capucha blancas, que murmuraban algo así como un rezo. Apenas miramos un instante, no sabíamos qué pasaba allí, ni quiénes eran, pero lo que vimos habría asustado hasta al más valiente. Así que la tomé a Encarnación de la mano y salimos corriendo de regreso a su casa.

De camino, le pregunté por qué sabía tanto de lo que pasaba, más allá de que se notaba que tenía ojos y oídos atentos. "Me gusta ir a conversar con los sirvientes a su patio, ellos dicen la verdad, si uno los escucha no puede dejar de saber, sobre todo Tomás." "¿Quién es Tomás?", le pregunté. "El marido de Cata, sabe leer y escribir, dicen algunos que era el hijo del jefe más importante de una tribu antes de venir a América como esclavo. Por eso sabe tanto, pero él nunca habla de su vida en el África, dice que ya no importa de dónde vino sino

hacia dónde va." Eso me recordó que tenía pendiente decirle algo que me molestaba desde el día en que nos habíamos conocido. Si íbamos a ser amigos necesitaba que supiera todo de mí. La miré y le dije: "Yo no soy quien creés que soy". Ella empalideció. "¿Cómo?", preguntó asustada. "Mi verdadero nombre es Julián Espósito, no soy Julián del Campo como me presentó Manuel, soy huérfano y vivo en la casa de Moreno y Balcarce, en la Casa de los Niños Expósitos, allí me crié", lo dije todo de corrido, como para sacarme pronto el peso de encima y luego me dispuse a esperar su reacción. Ella me miró un rato sin decir nada, sorprendida, luego una sonrisa fue apareciendo de a poco en su cara y dijo: "Por un momento pensé que me ibas a decir que eras un espía inglés y casi me muero de un susto". Me dio un beso rápido en la mejilla, y entró en su casa. "Nos vemos, Julián Esposito", me saludó. "Nos vemos", la saludé yo.

Y tal como sospechaba Encarnación, pocos días después, la mañana del 25 de junio de 1806, las tropas británicas hicieron su desembarco en la costa de Quilmes.

AL DÍA siguiente de la tertulia en casa de los Casamayor, Manuel no vino a la imprenta. No solo me sorprendí cuando llegué y no estaba, sino que también me preocupé. Lo había visto por última vez salir con la Perichona del salón principal de la casa de Encarnación, y ni siquiera había vuelto a aparecer por la tertulia para despedirse. Incluso tuve que regresar a la casa solo, después de que volvimos de nuestra excursión hasta la posada de los Tres Reyes, cuando ya era demasiado tarde. Pero en la imprenta nadie parecía muy preocupado, Manuel había mandado esa misma mañana un reemplazo con una nota de su puño y letra donde decía que estaría ausente solo por unos días "por motivos personales". Su reemplazo era un hombre mayor, que sabía muy bien su trabajo, pero al que cuando le preguntábamos sobre qué estaba pasando afuera nos decía: "Cállate, niño, y trabaja". Así que nos acostumbramos a trabajar en silencio y reservar las preguntas para doña María y las horas del almuerzo o la merienda.

A media mañana del 25 de junio estábamos imprimiendo una proclama del virrey cuando empezaron a sonar unos truenos tremendos. Nos asomamos por la ventana y miramos al cielo: no había tormenta a la vista. Estaba nublado y una garúa cubría la ciudad, pero nada más. A pesar de lo hosco que era, intentamos preguntarle al hombre que reemplazaba a Manuel si sabía qué podían ser esos ruidos. Esta vez no dijo "Cállate, niño y trabaja", sino "Dios nos libre". El hombre también parecía asustado, se asomó como nosotros por la ventana y volvió a meterse dentro sin saber qué decir. Estaba pálido y no se opuso cuando yo dije: "Vuelvo en un minuto, voy a averiguar qué pasa", y salí de la imprenta. Fui directo a la cocina a preguntarle a María, nadie mejor que ella para saber qué estaba sucediendo en la calle. Acababa de venir del mercado así que tenía noticias frescas: "Están disparando los cañones del fuerte para dar la alarma: hay barcos ingleses frente a la ciudad. La confusión reina en todas las calles, Julián. Los hombres están yendo a los cuarteles para ver en qué pueden ayudar, y allí les dan armas y uniformes pero está todo muy desorganizado". "Yo también quiero ir a ayudar", le dije decidido. "De ninguna manera", me contestó María terminante, "Usted se vuelve a la imprenta y trabaja, que con eso ya va a estar ayudando". Y me agarró de un brazo y me llevó ella misma. "Y usted no me deja salir a ninguno de estos chicos de acá", le dijo al reemplazante de Manuel, "en cuanto tenga más noticias yo vengo a contarles".

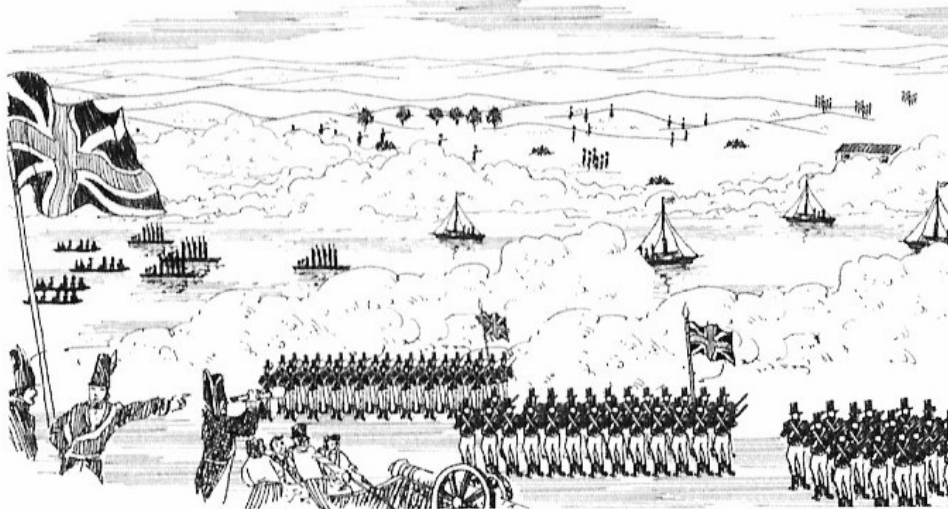
Las noticias fueron y vinieron durante todo el día. Y durante los días siguientes. María cumplió siempre con su promesa de venir a contarnos qué estaba pasando. Y a la promesa le sumó pastelitos. Que a las once de la mañana sonó el cañón de Quilmes porque los ingleses habían desembarcado. Que eran 1600 soldados de infantería al mando

del brigadier general William Carr Beresford. Que aunque el número de soldados podía no resultar tan grande, eran todos profesionales de la guerra, acostumbrados a estas empresas. Que el virrey Sobremonte observaba todo desde la terraza del fuerte con un telescopio y tuvo la insensatez de pronunciar la desafortunada frase: "No hay que tener cuidado, los ingleses serán escarmentados". Que el virrey se preparaba para resistir pero que los 600 hombres al mando de Pedro de Arce que había mandado como fuerza de vanguardia habían sido rápidamente derrotados y puestos en fuga. Que habían incendiado antes el Puente de Gálvez, por donde los ingleses podían cruzar el Riachuelo. Pero que a pesar del incendio algunos soldados enemigos lo cruzaron a nado (por supuesto el Riachuelo entonces no olía ni apestaba como hoy en día), consiguieron botes y balsas y volvieron por el resto. Qué nadie sabía muy bien qué querían los ingleses: si solo comerciar con estas tierras haciendo caer el monopolio español o apoderarse de ellas. Que ni siquiera los propios ingleses parecían saber. Que a Beresford lo había mandado un tal comodoro Popham, un inglés con grandes intereses económicos en la región, después de tomar Ciudad del Cabo. Pero que hasta el mismo Beresford dudaba de los intereses de Popham y pidió instrucciones a Londres al pasar por Santa Elena. Que los españoles estaban preocupados y lucharían para que los ingleses no les arrebataran estas tierras. Que algunos comerciantes estaban de acuerdo con la invasión porque los ingleses prometían abolir el monopolio. Que otros comerciantes más ligados a España no lo estaban, porque vivían de él. Que algunos criollos sentían cierta enemistad con los españoles porque eran relegados de la función pública (entre ellos nombres que luego serían decisivos en la historia del país: Rodríguez Peña, Castelli, Pueyrredón). Pero que en la mayoría de los criollos esa enemistad no llegaba al odio y puestos a elegir entre españoles o británicos se quedaban con los primeros. "El amo viejo o ninguno", dicen que dijo Belgrano. Que el próximo paso sería la independencia. Que no, que los británicos eran colonialistas y por lo tanto, una vez instalados, nunca nos darían la libertad. Etc., etc., etc. Ante el revés de los acontecimientos el virrey Sobremonte emprendió la retirada, o sea, se rajó. Llevó con él las arcas del tesoro real, que no eran tantas como los ingleses creían. Su derrotero terminaría en Córdoba, ciudad a la que declararía capital del Virreinato por estar Buenos Aires sitiada por los ingleses.

"(...) hago saber (...) que por no haber ocupado los enemigos sino sólo la Ciudad de Buenos Aires, que atendiendo a ser esta ciudad de Córdoba la más inmediata de las de primer orden, he resuelto declararla capital del Virreinato en tanto la ciudad de Buenos Ayres vuelve al dominio de Nuestro Señor."

Sí, Sobremonte no había entendido nada. Mientras Buenos Aires volvía al dominio de su Señor, él se protegía bien lejos donde los ingleses no pudieran hacerle daño. El huidizo virrey tampoco tenía perspectiva histórica, y la historia lo declaró como uno de los primeros cobardes de la nuestra. Pero no el último. La misma plaza ha visto a más de uno. A la tarde del 27 de junio, después de haber cruzado el Riachuelo, las tropas inglesas avanzaron hacia la plaza y el fuerte. Venían marchando a paso acompasado, esto quiere decir: todos con el pie derecho al mismo tiempo, todos con el pie izquierdo después, como si fuera una coreografía. Y la música que los arengaba eran las gaitas de sus soldados escoceses. Esa misma tarde las tropas inglesas desfilaron por la Plaza Mayor. Llovía sobre la ciudad. En el fuerte, los funcionarios españoles, los jefes militares, el obispo, los miembros de la Audiencia y del Cabildo, confundidos y abatidos por el abandono de Sobremonte y la facilidad con la que los ingleses habían logrado avanzar, no hicieron más que esperarlos para rendirse. Beresford les ordenó a sus tropas entrar espacia das para que parecieran más. Pero no había con qué darle: eran 1600 soldados que dispararon pocos tiros y se quedaron con una ciudad de 40.000 habitantes que casi no opuso resistencia.

Buenos Aires capituló el 28 de junio y vimos flamear en el fuerte la bandera inglesa durante los siguientes 46 días.



Algunas anécdotas que tuvieron lugar durante esos días hablan de nosotros.

Por ejemplo, el rol de las clases acomodadas y las corporaciones urbanas, especialmente el Cabildo, que persuadió al virrey Sobremonte para que entregara los tesoros reales a los ingleses ya que Beresford amenazaba con tomar como botín alternativo las fortunas privadas. Que se llevaran la plata pero no la de ellos. El botín de Sobremonte fue entregado, viajó a Inglaterra, y allí lo pasearon por las

calles ante los londinenses que festejaban la victoria, como hoy salen a festejar un partido de fútbol los hinchas más fanáticos. Aunque la victoria y el festejo les iban a durar poco.

Otro ejemplo, el poder de seducción que tienen sobre algunas personas los vencedores, y la convicción de ciertas mujeres. Durante el tiempo que los ingleses ocuparon Buenos Aires se invitaba a muchos oficiales, y hasta se los alojaba, en las casas de las familias criollas más acomodadas. Y los ingleses eran invitados a participar de fiestas y tertulias. Aunque no toda la población compartía esta actitud. Dijo Belgrano:

"Me era doloroso ver a mi patria bajo otra dominación y sobre todo en tal estado de degradación que hubiese sido subyugada por una empresa aventurera..."

Se dice que en la posada de los Tres Reyes comían en mesas separadas pero sin entredichos criollos e ingleses. Una linda joven criolla que servía las mesas se subió a una para hablar en voz alta a sus compatriotas:

"Desearía, caballeros, que nos hubieran informado más pronto de sus cobardes intenciones de rendir a Buenos Aires, pues apostaría mi vida que, de haberlo sabido, las mujeres nos habríamos levantado unánimemente y rechazado a los ingleses a pedradas".

Pero más allá de las noticias que me llegaban acerca de la invasión y de los ingleses, hacía mucho! días que yo no tenía noticias de las dos personas que más me importaban: Manuel y Encarnación. Por un lado, necesitaba verla a ella, pero no me atrevía presentarme en su casa así, sin una excusa. Y por otro lado, necesitaba encontrar a Manuel, entender por qué no estaba allí con nosotros en momento: difíciles, por qué había desaparecido de la tertulia la noche del viernes anterior a la invasión de los ingleses sin dar explicaciones. Él sabría explicarme, él tendría un buen motivo, y yo entonces, entendería.

Por eso una noche, porque necesitaba saber de ellos, por primera vez en los catorce años que llevaba viviendo en la Casa de los Niños Expósitos, me escapé por la ventana.

6

A MANUEL no sabía dónde buscarlo pero a Encarnación sí, así que empecé por ella. Ya había oscurecido y no me resultó tan sencillo como creía llegar a su casa. O mejor dicho, a los fondos de su casa. Estaba claro que no podía presentarme a esa hora frente a la puerta principal y preguntar por una niña de catorce años. Lo más probable es que estuvieran todos durmiendo o prontos a hacerlo, y que se asustaran de que alguien se presentara a esa hora en la casa, en una noche en que no hay tertulia ni baile. Por fin, luego de dar vuelta dos veces a la misma manzana, encontré la falsa puerta detrás del corral, que Encarnación me había enseñado la noche que fuimos a los Tres Reyes. Las gallinas y el gallo estuvieron de mi lado y no cacarearon. Cata también: una vez que pasé el patio del corral, tenía que atravesar el de los sirvientes, y allí la mujer recibía indicaciones de la madre de Encarnación. A pesar de que traté de ocultarme en las sombras, Cata me vio. Por un instante me quedé helado, pero en seguida me di cuenta de que no me iba a delatar. Cata no le dijo nada a su señora, al contrario, atrajo su atención para que ella quedara de espaldas a mí y yo pudiera deslizarme hacia el patio principal. Una vez frente al aljibe, sabía que la tercera puerta a la derecha era el cuarto de Encarnación, ella misma me lo había dicho la noche que estuvimos sentados en el aljibe. Me fui acercando de columna en columna, haciendo el menor ruido posible.



Cuando estuve frente a la puerta de su cuarto di dos golpes suaves y esperé. Nada. Volví a hacer lo mismo. Nada. "O está profundamente dormida o no quiere abrirme", me dije en voz baja. "O no está en su cuarto", me respondió Cata parada detrás de mí. "La niña salió, y estoy preocupada, no solo porque si la madre se entera me va a castigar,

sino porque tengo miedo de lo que pueda sucederle". A mí también me dio miedo pero no quise decírselo. Cata siguió contándome: "Se puso un traje de hombre, tomó un caballo del padre, y se fue. ¡Esa niña es tremenda! ¡Corajuda y tremenda! Enseguida se fue detrás de ella mi hermano, José, pero no volvieron. Mi marido y yo estamos preocupados. Tenés que ir a buscarla, Julián". "¿Pero adónde?" Ella bajó la voz: "La gente de distintos puntos de la ciudad se junta en secreto y luego marchan hacia la chacra de Perdriel de Martín de Álzaga, dicen que allá está Juan Martín de Pueyrredón juntando fuerzas para sacar a los colorados. La niña le escuchó decir a su padre que los ingleses ya saben que en ese lugar se reúnen hombres contrarios a ellos, y se emperró en ir a avisarles. Tomás, mi marido, trató de disuadirla, él tiene mucho ascendiente sobre ella, la niña lo escucha, le habló de lo peligroso que era que ella fuera hasta allá. Pero esta vez no funcionó, en un descuido Encarnación se subió al caballo y se fue. Todavía ni debe haber llegado, apenas estará a mitad de camino, y ya la debe haber sorprendido la noche. ¡Ay, esta niña! Tenés que salir ya a buscarla".

Me dio vergüenza decirle que yo no tenía ni idea no solo de cómo llegar a Perdriel sino tampoco de cómo montar un caballo. Pero Cata me ahorró la humillación: "Tomás estaba por salir a buscarlos cuando vos apareciste, así que le dije que te espere. Tenés que acompañarlo, Julián, a él la niña, como a mi hermano, no le va a hacer caso, pero a vos sí. ¿Vas a ir?", preguntó. "Sí, voy a ir", contesté. "No perdamos más tiempo, Tomás te está esperando frente a la puerta del corral".

Tal como me había dicho Cata, su marido me esperaba detrás de la casa con la montura puesta y el caballo listo para salir. Apenas me subí detrás de él, empezó a andar a todo galope. Era de noche, y yo no entendía cómo ese hombre veía el camino en medio de semejante oscuridad. Pero Tomás cabalgaba con tanta destreza que yo sentía que iba seguro detrás de él. "Soy como los gatos", me dijo, "veo mejor de noche que de día". Por su postura sobre el caballo, sus movimientos y el dominio sobre el animal, imaginé que en su tierra, del otro lado del océano, más que el jefe de una tribu, Tomás debe haber sido algo así como un príncipe. Su discreción y humildad al no querer hablar de su pasado eran también un indicio que me confirmaba su estirpe.

Cuando llegamos a la pulpería de San Isidro, nos dijeron que los últimos en pasar antes de anochecer habían sido dos jinetes, un hombre negro y un joven muy delgado, y que a pesar de que todos los parroquianos intentaron persuadirlos, los hombres decidieron tratar de llegar antes de la noche a Luján. "El joven parecía muy empecinado", dijo el dueño de la pulpería. "Eran ellos", le dije a Tomás. "Sí, a ese empecinado yo lo conozco bien. No vamos a tener más remedio que seguir hasta allá", aseguró él resignado.

La luna y algunas estrellas ayudaron a Tomás a orientarse en el camino hacia Luján. Sabía el nombre de casi todas y me los fue enseñando. Me habló de constelaciones, y de puntos cardinales, de los olores que ayudan a orientarse en la noche y de los ruidos que uno debe aprender a reconocer para no perderse, por ejemplo, el murmullo de un río. A mí me vencía el sueño, pero lo que me contaba me mantenía despierto. Después de cabalgar otro largo rato vimos una luz a lo lejos. "Allá es", dijo Tomás. Pero no hizo falta que llegáramos a la pulpería, un poco antes, junto al camino encontramos a Encarnación llorando. El hermano de Cata intentaba calmarla pero era imposible, su caballo se había mancado y no había forma de seguir sin abandonarlo allí. "¿Qué hacés acá?", me preguntó Encarnación no bien bajé del caballo junto a ella, y su tono no era de reproche sino de sorpresa y, tal vez, hasta de alivio. "Cata me pidió que te viniera a buscar", le expliqué. "Tenemos que llegar a Perdriel, Julián, tenemos que avisarles a los hombres de Pueyrredón que los ingleses saben que están allí, que todo es una trampa. Alguien los traicionó. Escuché a mi padre hablar con la Perichona, que le decía que los colorados ya sabían lo que se está armando en la chacra. Si llegamos a tiempo...", nos dijo y era casi una súplica. "Podemos intentarlo", dijo Tomás, "pero ahora contamos con un caballo menos, y tenemos que dormir unas horas". "Está bien, durmamos en la pulpería pero solo hasta que salga el primer rayo de sol", aceptó resignada Encarnación. Y a mí también me pareció lo más sensato, con un caballo menos y la noche ahora cerrada, lo mejor, sin dudas, iba a ser descansar y recuperar energía para cabalgar más rápido al día siguiente.

Era la madrugada del 31 de julio al 1 de agosto. Pero los primeros rayos de sol no nos pusieron en movimiento sino todo lo contrario. Cuando nos disponíamos a partir, nos dimos cuenta de que todos los caballos habían desaparecido, excepto el mancado al que alguien había sacrificado de un tiro en medio de los ojos. Encarnación acariciaba el caballo muerto y lloraba desconsolada. Yo quería abrazarla pero no me atrevía, así que solo apoyé mi mano sobre la suya y juntos seguimos acariciando a su caballo. Tomás trató de convencerla de que tal vez sacrificarlo había sido lo mejor para el animal. Pregunté en la pulpería, nadie había visto nada, o eso dijeron. Excepto un niño, el hijo del encargado, que me llamó aparte para que nadie lo escuchara. "Esta madrugada vinieron unos hombres raros, 'algunos hablaban otro idioma. Se llevaron los caballos sanos y antes de irse uno que llevaba una túnica marrón se volvió y le disparó al mancado.'" "¿Y cómo nadie vio nada?", pregunté. "Todos vieron, pero ellos amenazaron con llevarse también nuestros caballos, y con volver para quemar la pulpería si alguien les contaba a ustedes", dijo el chico. "Olían raro, no sé a qué'", dijo. Yo estaba seguro de que ese olor era a incienso. "¿Y vos

por qué nos contás?", le pregunté. "Porque a mí tampoco me gustan los colorados", dijo.

Encarnación, estaba devastada. Yo tampoco me sentía bien pero intentaba mantenerme entero. "¿Te das cuenta de que en estos momentos los ingleses ya deben estar matando criollos en Perdriel mientras nosotros velamos a mi pobre caballo?", dijo. Y así era, los ingleses ya estaban en Perdriel.

A mitad de la mañana llegó una carreta de Buenos Aires a buscarnos. Venía en ella la madre de Encarnación muy enojada. En un primer momento no reconocí al hombre que viajaba a su lado, hasta que se apuró a bajar por el otro lado para abrirle la puerta a la señora Casamayor. Era Manuel. "Qué sorpresa vos por acá", dijo. "Lo mismo digo", dije yo. "¿Cómo supiste dónde estaba, mamá?", preguntó Encarnación. Pero no le respondió su madre sino Manuel: "Ay, linda, Manuel Brownie lo sabe todo, no hay secretos ni intrigas para mí". "Como si fueras brujo", dijo Encarnación. "Algo así", respondió él.

La carreta partió hacia Buenos Aires con todos nosotros apretujados adentro. Después de una breve y tensa conversación viajamos casi todo el tiempo en silencio. Dejamos primero a Encarnación, a su madre, a Tomás y a José en la casa de los Casamayor.

Luego seguimos hasta la casa de Niños Expósitos. Había más espacio en la carreta 'y me pareció que por debajo del asiento se asomaba una tela marrón. Me incliné para verificarlo pero Manuel se acomodó de tal forma en el asiento que me lo impidió. Cuando llegamos a la casa él se bajó conmigo. Antes de golpear me dijo: "¿No te das cuenta de que nosotros dos tenemos que estar del mismo lado? Ni vos ni yo le debemos nada a nadie. Los dos estamos solos en el mundo. Del mismo lado, Julián". "¿Y cuál es nuestro lado?", pregunté. "El de los hombres sin ataduras ni compromisos con nada ni nadie que luchan por su ideal", me respondió, "¿o acaso vos no sos así?". "Depende de cuál sea ese ideal al que te referís", me atreví a decirle. "Sos muy chico aún y estos momentos convulsionados son difíciles para ver las cosas con claridad, pero ya vas a entender. Los ideales son los que sirven a la patria de cada uno", sentenció. Me quedé un rato en silencio y luego le pregunté: "¿Dónde estuviste todos estos días?". "Trabajando donde hacía falta que estuviera, en los tiempos en que se gestan revolución y cambios es importante estar cerca de los diarios y las imprentas, donde aparecen las noticias, ser el primero en conocerlas y si hace falta cambiarlas. Por eso me quedé en la imprenta todo lo que pude. Pero cuando la calle se llena de tiros, fusiles y olor a pólvora, el lugar donde hay que estar es otro". "¿Y cuál es ese otro lugar?" "No puedo decírtelo todavía, pero confié en mí. Llegado el momento lo vas a saber. Y así como un día te llevé a conocer la ciudad, te voy a llevar allí también. Además mañana voy a estar otra

vez trabajando en la imprenta con vos. ¿Confiás en mí, Julian?" Asentí, y no estaba mintiendo, de verdad quería creer en mi amigo.

Luego Manuel llamó a la puerta, le explicó al director que yo me había ausentado por culpa suya, le inventó que me había pedido que lo acompañara a buscar elementos para la imprenta, tinta, papel, rodillos, y que habíamos tenido un problema con el carruaje que nos tuvo la noche entera y parte del día siguiente fuera de la ciudad. Que recién lográbamos regresar, que toda la responsabilidad de mi ausencia era suya y que, por otra parte, le comunicaba que él mismo volvía a hacerse cargo de la imprenta. El director pareció aceptar sin reparos todas sus excusas. Antes de irse, Manuel me tomó de un hombro, me guiñó un ojo, y dijo: "Nos vemos mañana, Julián. Tenemos muchos ideales que compartir". Y yo deseé profundamente que lo que decía fuera cierto.

Entré a la casa con cierta excitación. Pero a medida que las pulsaciones iban bajando y que volvía a la calma, me sentí algo confundido. Manuel se había puesto de mi lado, me había salvado con el director y hasta me había tratado con cariño. ¿Pero por qué se había ido aquella noche con la Perichona sin decirme una palabra? ¿Por qué había estado ausente estos días? ¿Por qué había aparecido en Lujan a buscarnos, cómo supo, quién le dijo? ¿Por qué escondía en la carreta una tela marrón sospechosamente parecida a la de unas túnicas que usaba un grupo de locos? No lo sabía, pero tenía que darle una oportunidad. Si me dejaba llevar por los hechos, Manuel de verdad se había puesto de mi lado, y eso no era poco.

Fui a comer algo a la cocina. María me sirvió sopa de carne y porotos. Sí, no suena tan bien como un Big Mac, pero te aseguro que a esa hora y con el hambre que tenía lo saboreé como si fuera un manjar de los dioses. Le pedí que me contara las novedades del día. Mientras hablaba me imaginé que Encarnación debería estar escuchando cosas parecidas de boca de Cata. Esa mañana seiscientos ingleses habían atacado la chacra de Perdriel. Tal como Encarnación sospechaba, un espía o una espía les había pasado la información de que allí las milicias se estaban organizando para recuperar la ciudad. Beresford esa mañana llegó a la chacra con la infantería dividida en dos alas, a la izquierda y a la derecha de la artillería. Mientras tanto Pueyrredón sólo llegó a repartir algunos fusiles entre sus hombres. La infantería británica avanzó cubierta por los disparos de su artillería. Una bala perdida mató al caballo de Pueyrredón y él logró salvarse gracias a que el Alcalde de Pilar, Lorenzo López Camelo, lo subió a las ancas de su caballo. Muchos de los milicianos tuvieron que ponerse en retirada. "Todo mal, entonces, María", le dije. "No está muerto quien pelea, y soldado que huye sirve para otra batalla", me dijo ella. "A pesar de que falló este plan, por suerte no hubo muchas bajas y los soldados que

podieron escapar se reclutaron cerca de Las Conchas a esperar a don Liniers, que viene de Montevideo. Eso sí, Julián, si no nos libera Liniers, ahí sí estamos perdidos". En el blog podés ver algunos links sobre el Combate de Pedriel y algunas imágenes de la chacra (<http://elfantasmadelasinvasiones.blogspot.com/>). De todos modos, cualquier imagen que te pueda mostrar no alcanzará a representar el miedo que sentí en esos momentos.

LOS DÍAS siguientes trabajamos en la imprenta como lo habíamos hecho hasta la llegada de los ingleses. Manuel se mostró como yo lo había conocido: simpático, amable, conversador. Hablaba de los colorados como si él nunca hubiera estado de su parte. Tal vez intuía la derrota. Algunos son fieles a su equipo hasta el final, otros saben que cambiar de camiseta antes de que termine el campeonato les puede ahorrar más de un disgusto y no tienen ningún empacho en hacerlo. Tal vez Manuel, a quien era evidente que no le gustaban las derrotas, había cambiado de bando a tiempo. O tal vez fingía, y otra vez había decidido que el mejor lugar donde enterarse de qué estaba pasando era la imprenta. Cada tanto aparecía algún encargo "confidencial", algún trabajo secreto que se ocupaba de hacer él mismo sin darnos participación en ninguna de las etapas, desde sacar los tipos de la caja hasta que el papel estuviera impreso. Yo había decidido creer en él. Cuando uno cree en un amigo como yo creía en Manuel, hace todos los esfuerzos para que la cosa resulte, hasta el final. No solo por el otro, o para conservar esa amistad, sino porque sabe que la próxima vez que quiera hacer amigos se entregará con menos entusiasmo, con más dudas, con la necesidad de verificar cada gesto, cada palabra, cada mirada, antes de brindarse totalmente a esa nueva amistad.

Por eso, por él, pero también por mí, seguí creyendo en Manuel. Pero la que parece que no creía demasiado en él era María, porque cada vez que tenía novedades me llamaba aparte con alguna excusa para no contármelas delante de él. "¿Te puedo robar a Julián un rato para que me ayude a repartir los pasteles de la tarde, Manuel?", le pedía. "Sí, claro", le respondía él. Entonces ella me llevaba a la cocina y empezaba a contarme lo que sabía en voz baja y siempre controlando que Manuel no se apareciera por ahí. Las primeras noticias importantes llegaron el 4 de agosto. "Parece que don Liniers llegó a Las Conchas", me dijo y me obligó a comer un pastel con ella. "Pobres, con este día... Lluvia y lluvia por todas partes, la costa del río debe ser un lodazal. Pero él lo va a saber manejar y eso terminará siendo bueno para nosotros, vas a ver, Julián." El agua de la pava estaba caliente y María empezó a cebar mate para acompañar los pasteles. "Yo no creo que ese inglés Beresford se arriesgue a que sus soldados se metan hasta la rodilla en el barro. Los colorados van a esperar acá, en la ciudad, y acá van a venir don Liniers y sus hombres. Pero no van a llegar solos, eso te lo aseguro, van a ir juntando gente por el camino. Y cuando entren a la ciudad, vamos a estar nosotros." La miré a los ojos: "Prometeme que yo voy a estar". "¡Ey, Julián, vos sos un niño!" "Tengo catorce años, si encontrara dónde me podría ir de esta casa." "Ni lo sueñes, aunque el director te dejara yo no lo permitiría si no supiera

que tenés un futuro asegurado, un lugar donde te cuiden bien y te hagan comer cuando te hacés el inapetente". Insistí: "María, prometeme que cuando sea el día me vas a avisar". Ella se me quedó mirando sin decir nada, yo jugué mi última carta. "No quiero escaparme otra vez por la ventana." La mujer movió la cabeza y suspiró como si estuviera algo cansada de mí, pero luego me sonrió con cariño: "Entonces te habías escapado por una ventana... Sos uno, vos... Le tendría que decir al director... Le tendría que decir pero por supuesto que no lo voy a hacer". Cebó otro mate y me lo pasó. "Sí, te voy a avisar", me dijo, "a terco, terca y medio. Y en el fondo esta vieja cocinera te entiende: nadie quiere perderse ese momento, yo tampoco. Pero no vas a irte solo, vas a ir a la calle conmigo, ¿de acuerdo?", preguntó y se quedó con su dedo índice en alto esperando la respuesta. "De acuerdo", prometí y la abracé. Cuando estábamos unidos en ese abrazo entró Manuel. "Bueno, cuánto amor hay por la cocina hoy, ¿me perdí algo?" Yo me quedé quieto, no supe qué contestar, pero María cubrió el silencio enseguida. "Sí, te perdiste mis pasteles, que despiertan en algunos niños estas emociones." Le acercó a Manuel la bandeja para que probara un pastel y los tres nos reímos como si cada uno de nosotros confiara en el otro.

Todos los días siguientes también llovió a cántaros. Una tarde la llamada de María me preocupó más que otras veces. Entró a la imprenta y, como hacía cada tarde, le pidió a Manuel si yo podía ir a ayudarla a repartir los pasteles. Pero esta vez su cara de urgencia demostraba que lo que tenía para decirme no se trataba de las noticias de todos los días. Salí apurado detrás de ella, pero no quiso adelantarme nada hasta que llegamos a la cocina. "Abrí la puerta", me dijo. Lo hice y me quedé helado. "Me parece que esta niña te busca", dijo María y señaló a Encarnación, que me esperaba allí con Cata. "Liniers está en San Isidro, Julián, y mañana marcha con su gente hacia acá", dijo Encarnación sin darme tiempo a saludarlas. "¿Cómo sabés?", le pregunté. "Tomás trajo la noticia, y además yo le escuché decirlo a mi papá", me contestó. "Entonces él ya les habrá avisado a los...", no me atreví a terminar la frase para no herirla. "No, es todo muy raro, ahora mi padre y sus amigos ya no están del lado de los ingleses", dijo, y parecía no entender del todo. Yo tampoco entendía, éramos chicos, pero de todos modos, a veces entender no es fácil: en la política, en la guerra y en los grandes intereses que manejan el mundo, siempre es difícil entender. Pensé inmediatamente en Manuel y su cambio de actitud. "Soldado que huye sirve para otra batalla", dijo María mientras sacaba los pastelitos del horno. "No nos podemos quedar de brazos cruzados", dijo Encarnación. "Ay, esta niña...", dijo Cata, "si hacés una locura tu madre no me va a perdonar". "No podemos quedarnos de brazos cruzados", repetí yo. "¡Este chico se me

escapa otra vez por la ventana!", se quejó María mirándome con preocupación. "Propongo algo", dijo Cata, "esta noche los sirvientes de la familia Casamayor nos vamos a juntar en el patio de atrás a decidir qué haremos. Allí Tomás y otros de nuestros hombres nos van a informar cuál es la situación y qué podemos hacer para ayudar". "¿Tomas, *el esclavo sabio*?", preguntó María. "Sí, así le llaman en la ciudad", dijo Cata con la misma humildad que él, "es mi marido". Y luego miró a Encarnación y con cierto pudor dijo: "Es mejor que tu padre no se entere que a mi Tomás lo llaman así, mi niña". Y su niña la dejó tranquila: "Claro que no se va a enterar, Cata". "¿Quieren unirse a nosotros esta noche?", preguntó la mujer. "Sí", dije yo sin dudarle. "Ahí estaremos", dijo ella. "¿Y cómo llegamos a la casa?", preguntó. "Ah", dijo Cata, "si algo sabe este muchacho es cómo llegar a la casa de mi niña". Y ella y María se rieron mientras Encarnación y yo nos poníamos colorados.

Sin proponérselo, la excusa que le dio María al director de la Casa de Niños Expósitos para sacarme esa tarde de allí, me hizo consolidar una fama de fornido que desmentía mi cuerpo esmirriado: "Necesito traer mercadería muy pesada para la cocina mañana muy temprano, ¿me permitiría que me lleve al niño a mi casa para que me ayude con el acarreo?". El director se acercó y me apretó los bíceps como si estuviera midiendo mi masa muscular. "Bueno, aunque no luzca parece que la alimentación de esta casa está formando chicos fuertes y sanos. A este muchacho le eligen siempre para cargar cosas." María asintió con la cabeza, dio las gracias y nos fuimos. Pero no nos dirigimos a donde ella vivía como le había dicho al director, sino que la guíé directo hasta la puerta del corral de la casa de Encarnación. Allí nos esperaba una verdadera reunión de hombres y mujeres dispuestos a ayudar a Liniers a reconquistar nuestra ciudad. Cuando entramos ya estaba hablando Tomás, y lo hacía con la misma precisión que cuando me conté de las estrellas y constelaciones camino a Luján. La información era que Liniers ya estaba esa noche en Retiro desde donde había intimado a Beresford a la rendición. Si para el día siguiente no tenía respuesta, entraría a la ciudad, y cuando lo hiciera todos los criollos, españoles o esclavos que quisieran ayudarle a sacar de una vez por todas a los colorados deberían estar atentos por si él y sus tropas necesitaban ayuda. Por votación de los presentes se resolvió que los hombres saldrían a la calle en cuanto los soldados se acercaran y que los niños y las mujeres esperarían en el patio trasero las novedades. Enseguida me anoté entre los hombres pero María me bajó de un hondazo y dijo terminante: "Tú eres niño mientras estés a mi cargo, niño y ni una palabra más". Y casi al mismo tiempo Cata miró a Encarnación y le dijo: "Y tu niña, y además mujer, así que más calladita aún".

Esa noche María y yo dormimos en los cuartos de los sirvientes de la casa. La excitación por lo que sucedería al día siguiente y el hecho de que Encarnación estuviera durmiendo a solo unos metros de distancia de mi cama hicieron que mi sueño estuviera más inquieto que nunca.

UN GALLO nos despertó a las 6 de la mañana de ese 12 de agosto; parecían alterados, como si intuyeran que la batalla estaba cerca. Todo lo demás era silencio. Los hombres ya se habían ido a las calles con la intención de estar listos para ayudar cuando hiciera falta. Los hombres mayores, debo aclarar, porque a mí me tenían bien custodiado adentro. Las mujeres empezaban a preparar el desayuno y ocuparse de las tareas, mientras trataban de mantener a los niños en calma.

Y sin que todavía lo supiéramos, casi al mismo tiempo en que el gallo había empezado a cacarear Liniers y sus hombres marchaban sobre la ciudad. Entraron por las calles que hoy conocés como Reconquista y San Martín, mientras algunos de sus hombres se repartían también por las calles laterales. A medida que iban avanzando hacia el encuentro con los colorados se les sumaban voluntarios que querían ser, como nosotros, partícipes de la Reconquista. Así el ejército juntó como 4000 hombres. No todos eran soldados, ni estaban organizados, pero todos tenían voluntad de poner el hombro, lo que no es poco. Entre los hombres que acompañaban a Liniers estaba José Gervasio Artigas, el prócer uruguayo. Si nunca oíste hablar de él, es porque de verdad prestás muy poca atención en las clases de Historia y empiezo a sospechar que el tino que te puso el profesor por bostezar debe haber tenido además del bostezo otros motivos. De primer grado a tercer año alguien te tiene que haber nombrado a Gervasio Artigas.

Ante el avance de los hombres de Liniers, los ingleses retrocedieron. Mientras tanto se sumaron de a caballo los hombres de Pueyrredón, que además lograron arrebatarle una bandera al regimiento 71 de escoceses, lo que en términos de guerra es una tremenda ofensa y humillación al adversario.

Dicen que la lucha se hizo muy violenta en el centro de la ciudad. Al menos eso decían Cata y doña María, que estaban cada vez más empecinadas en no dejarnos asomar a la calle. Los disparos y los gritos se oían muy cerca. El olor a pólvora llegaba en ráfagas cada vez más potentes. Otra vez llovía a cántaros y en medio del aguacero los habitantes de Buenos Aires ayudaban a trasladar cañones y otras armas. La neblina también jugó a favor de ejército patriota y los soldados se desplazaron por las calles casi sin que los ingleses pudieran hacer fuego sobre ellos. Y como si lo que los colorados habían visto hasta ese momento hubiera sido poco, atrás de la infantería apareció la caballería. Fue entonces que el ejército invasor se sintió, por primera vez, totalmente rodeado. Tan pronto como pudieron, los ingleses abandonaron la Catedral y todos los edificios que rodeaban la Plaza, pero aún siguieron disparando desde la terraza de lo que hoy se conoce como la Vieja Recova.

No encontré imagen de la recova en 1806 pero te copio en <http://elfantasmadelasinvasiones.blogspot.com/> una de 1864 que te puede ayudar a darte una idea de cómo era la cosa y desde dónde le tiraban los ingleses a nuestros soldados.

Encarnación y yo teníamos la odiosa sensación de que todos los habitantes de la ciudad excepto nosotros dos, a quienes Cata y doña María nos tenían vigilados sin posibilidad de movimiento, estaban allí participando de la Reconquista, formando parte de la historia. Nos comíamos los codos, no soportábamos estar en el patio de los sirvientes de los Casamayor mientras todo transcurría en otra parte. Cada tanto, Encarnación entraba a la casa para ver si su madre tenía noticias más frescas, y volvía a contarnos. Nadie sabía dónde estaba su padre, pero su madre aseguraba que estaría "en el lugar donde lo necesite la patria", frase que a mí mucho me costaba creer, pero no compartía mis dudas con Encarnación porque al fin y al cabo estábamos hablando de su padre. Me pregunté si Manuel, el padre de Encarnación y yo hablaríamos de lo mismo cuando nombrábamos los ideales y la patria, pero no encontré entonces la respuesta. Supongo que Encarnación prefería pensar que su padre había cambiado. Uno prefiere perdonarles algunas cosas a los padres. Te lo digo yo, que a pesar de no conocerles las caras, ni sus abrazos, ni sus gestos, tuve que perdonarles no saber de dónde vengo. Sí sé quién soy, eso lo sé, eso lo supe siempre: Julián Espósito.

A eso de las 12 del mediodía llegó la noticia de que los ingleses empezaban a agitar pañuelos blancos y que la rendición era inminente. Encarnación y yo nos acercamos a Cata y a doña María una vez más, pero esta vez no hablamos, ni pedimos, ni nos quejamos, solo las miramos suplicantes. Y esta vez no hizo falta ya ningún esfuerzo por convencerlas, el mayor peligro había pasado y ellas también estaban desesperadas por salir a la calle y ser parte de la Reconquista.

Corrimos las cuadras que nos separaban del centro de la ciudad, atravesamos la plaza y nos unimos a una muchedumbre que rodeaba el fuerte pidiendo que los ingleses se fueran. Había cantos y gritos pero, sobre todo, una intensa sensación de victoria. Nosotros también nos pusimos a gritar con ellos. Hasta que finalmente bajaron del mástil la bandera inglesa y otra vez subieron la española. La ciudad había sido reconquistada, y Liniers sería pronto el próximo virrey.

Nos quedamos un rato allí, mirando flamear la bandera, emocionados. Y por primera vez Encarnación y yo, bajo la lluvia del 12 de agosto de 1806, nos besamos. Ese beso fue mucho mejor de lo que yo había imaginado que era un beso. Fue mucho mejor que cualquier otra cosa que yo hubiera sentido hasta ese día en mi vida.

Caminamos de regreso a la casa de Encarnación abrazados. Doña María y Cata habían elegido otro camino, sin dudas para dejarnos

solos. No podía ser una tarde más feliz: los ingleses se habían rendido, la bandera española flameaba otra vez en el fuerte, y la chica de la que estaba enamorado y yo nos habíamos besado. Me despedí, esta vez seguro de que volveríamos a vernos pronto. Y que con excusas o no, estaría frente a la puerta principal de los Casamayor preguntando por ella. Lo que no me imaginaba era que cuando lo hiciera, cuando golpeará otra vez a su puerta, en su casa estaría alojado un huésped muy especial. Tal vez la última persona a la que se me hubiera ocurrido cruzarme en la casa de mi novia ni en ninguna otra parte: William Carr Beresford.

BERESFORD SE había rendido, según figuraba en el acta del Cabildo, "a discreción", es decir, sin pacto, sin pedir nada ni salvar el honor de sus soldados. Se rindió, y punto. En ese mismo día, 12 de agosto, Liniers decidió que en lugar de mandarlo a prisión lo iba a canjear por un prisionero muy importante que él creía que mantenían los ingleses en Buenos Aires: el virrey Abascal, de Perú. Por eso, y hasta hacer el canje, le pidió a Félix Casamayor que lo mantuviera en su casa. Y la verdad es que más que un prisionero Beresford parecía el huésped más importante: participaba de las tertulias y bailes, las mujeres que conocían su idioma hacían cola para conversarle, los hombres se ufanaban de haber compartido discusiones con él en lo de los Casamayor. Por la casa desfilaban los amigos y compañeros políticos del padre de Encarnación, y las mujeres del círculo cercano a la familia. La Perichona estaba todas las noches y ya era un secreto a voces que era la amante de Liniers. Lo que me parecía raro era que no apareciera por allí Manuel. Después de la rendición había mandado otra vez a su reemplazo a la imprenta. Una noche me atreví, y me acerqué a la Perichona y le pregunté si sabía de él. Ella me contestó: "Niño, él está donde lo necesita su patria". Y la respuesta no me dejó nada tranquilo.

Encarnación y yo mirábamos todo con desconfianza y nos recluíamos en el patio de los sirvientes a compartir nuestra inquietud con Tomás. "Sí, a mí también esto me huele mal", nos decía. "Yo entiendo que tu padre y otros criollos con ideas independentistas, ingenuos o no, hayan creído que los ingleses venían a liberarlos de los españoles, que los intereses de la invasión eran económicos y no políticos ni colonialistas, y que ese era un camino para llegar a un gobierno propio. Pero ahora que quedaron claras sus intenciones, no puedo entender por qué siguen rindiéndole pleitesía. Y lo peor es que creo que detrás de la actitud de Beresford hay un plan que no terminamos de ver".

Y ese plan apareció enseguida. Beresford empezó a hacerse el deprimido. Bueno, en rigor "deprimido" no es la palabra que se usaba en aquel entonces, en que el psicoanálisis aún no hacía furor en Buenos Aires. Pero el asunto es que el hombre se quedaba en su cuarto, ya no bajaba a las tertulias, no conversaba casi con nadie. La Perichona fue la encargada de pasarle el mensaje a Liniers, en medio de caricias y besos. Según le dijo, Beresford estaba muy preocupado porque cuando en Inglaterra se enteraran de que él se había rendido "a discreción" y sin ningún pacto, el tribunal de guerra que lo juzgaría bajo la severidad de las leyes inglesas cortaría para siempre su carrera. Ella misma lo fue llevando a Liniers a concluir que seguramente no sería ningún problema para él firmarle a Beresford una capitulación falsa, con fecha antedatada, para que el general inglés solo usara en

caso necesario y ante ese tribunal, y así salvara su honor. Liniers se dejó convencer por su amante. "Es que ella es la mejor espía con la que cuentan los ingleses", nos dijo Tomás, "me apena que Liniers no se dé cuenta, pero a veces el amor...".

La falsa capitulación se firmó el 20 de agosto pero le pusieron fecha del 12, tal cual lo acordado con Beresford. En ella Liniers le concedía al general inglés el reembarco de los prisioneros británicos, previo canje con nuestros prisioneros; se comprometía a darles víveres para el viaje de vuelta a Inglaterra en sus propios barcos; a darles cuidado a los heridos; a respetar la propiedad de todos los ingleses en Buenos Aires. Mucho, sí, sobre todo teniendo en cuenta que el otro se había rendido sin ningún pacto. Por suerte, en medio de esta muestra de debilidad, Liniers tuvo la precaución de agregar antes de su firma "en cuanto puedo". Y eso de alguna manera lo protegió. Porque por supuesto Beresford no esperó al juicio del tribunal de guerra para mostrar la falsa capitulación sino que la quiso hacer valer de inmediato. Sí, lo traicionó, como sospechaba Tomás, como sabía desde un principio la Perichona, como era previsible que sucediera.

La novedad corrió enseguida por la ciudad y todos se enojaron mucho con Beresford pero también con Liniers, que no había mandado todavía a los prisioneros al interior como debería haber hecho. Liniers tuvo que ir a dar explicaciones al Cabildo y dijo, casi, toda la verdad: que había firmado ese papel ante los ojos llorosos de un general desgraciado que había prometido usarlo solo ante la corte que lo juzgara, y que había salvaguardado la responsabilidad de hacerlo efectivo agregando: "en cuanto puedo". No nombró a la Perichona, por supuesto; esa era la parte que omitió contar.

Unos días después Liniers redactaba un manifiesto donde explicaba con lujo de detalles lo sucedido. Y en septiembre se resolvió la internación de los prisioneros en el territorio del Virreinato. La gente quería tanto a Liniers que le perdonó lo sucedido. Yo, desde la imprenta ayudé para que entendieran todos qué había pasado. Redacté una carta al Señor General Beresford, que firmé como "El publicista de Buenos Aires". Algunos historiadores se la atribuyen a Benito González Rivadavia, el padre de Bernardino Rivadavia, nuestro primer presidente, pero a mí no me importa quién se lleve el mérito, sino que la gente la leyó y gracias a mi carta terminó de disculpar y comprender la actitud de Liniers, y de saber qué desleal había sido Beresford. La redacté una noche en mi cuarto, y bajé a imprimirla en cuanto la terminé. En ese momento yo ya tenía una llave de la imprenta y podía entrar sin problemas, pero no era bueno que nadie me viera, porque las tantas de la madrugada no era una hora lógica para estar imprimiendo nada. Armé el texto en los componedores y lo dejé listo para que al día siguiente se entintara y saliera antes que

ningún otro trabajo. No quise encender ni una vela para no ser descubierto. Ahí va parte del texto, tal cual salió en ese momento, vas a ver que en ese entonces usábamos la f como una variación tipográfica de la s algunas veces. La versión completa la podés ver en *Invasiones Inglesas al Río de la Plata. Aporte Documental*, del Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires.

EL PUBLICISTA DE BUENOS AIRES

Al Señor General Beresford.

El éxito malo o bueno, nunca puede calificar una empresa militar. Un plan fabiamente combinado es el Juez fupremo a pefar de los caprichos de la fortuna (...) Los artificios y una intriga pusilánime, que tienen por objeto obfcurecer la intrepidez y la conducta militar de los Efpañoles, tendrán una impulsión momentánea en los efpiritus débiles y poco acostumbrados a reflexionar, pero la iluftrada imparcialidad, siempre idólatra de la verdad, le prefentará a V.S. coronas de efpinas, en lugar de los laureles que pudo haber recogido, en medio del infortunio, si fu conducta fe hubiefe modelado por los principios inmutables de la justicia.

"Sigo pensando que algo más se trae entre manos este Beresford", nos dijo una noche Tomás mientras tornábamos mate en el patio de los sirvientes. "¿Más todavía?", le pregunté preocupado. "A él y a sus oficiales no los llevaron al interior sino que los dejaron en Luján. Eso no puede ser bueno." Y con el tiempo sabríamos que tenía razón. Pero a esa altura Encarnación y yo preferimos pensar que la cosa poco a poco se iba acomodando y así poder disfrutar tranquilos de los besos que le siguieron a aquel primero que nos dimos en la plaza, frente al fuerte, cuando bajó la bandera inglesa y subió la española. Y aunque los meses siguientes nuestro amor seguiría igual, no sucedería lo mismo con las banderas. Poco tiempo después, la inglesa volvería a flamear en el fuerte.

COMO TOMÁS, Liniers también sospechaba que los ingleses se traían algo entre manos y que no se resignarían a perder Buenos Aires tan fácilmente. Así que el 6 de septiembre a través de una proclama, le pidió al pueblo que se organizara en cuerpos de m según su origen. La mayor parte de los hombres adultos se alistaron. La ciudad era otra, la gente en la calle no hablaba de otra cosa, Buenos Aires había estado en peligro y ese peligro no había desaparecido del todo. La vida en la ciudad perdió su tranquilidad habitual.

Yo quise hacer lo mismo, alistarme, pero por mi edad fui rechazado, ni siquiera me dejaron ser tambor. La milicia era para varones entre 16 y 50 años. Yo ya estaba a punto de cumplir 15, ¡me faltaba tan poco para los 16! Estaba muy enojado y me quejaba con María, con Tomás, con Encarnación, con quien quisiera oírme. Me sentía inútil en la imprenta mientras esperábamos que volvieran los ingleses. "Los niños no pueden ser parte de la guerra, la guerra es la muerte, no hay futuro ahí", me decía Tomás. Pero yo no me sentía un niño. Cuando tenés casi quince, vos lo sabés, te sentís un hombre y te da bronca que los demás no lo noten. "Si vuelven los ingleses, entonces habrá un lugar desde donde puedas ayudar, ¿o no ayudaste acaso con tu carta a Beresford, Publicista de Buenos Aires?", me consolaba Tomás. Y me sorprendía, no le había dicho a nadie que esa carta la había escrito yo, ni siquiera a Encarnación. La gente no le habría hecho tanto caso si se hubiera enterado que la había escrito un "niño". "¿Cómo supiste?", le pregunté a Tomás. "Te conozco como conozco a la niña, sé por qué lugares anda tu inquieta cabeza, y estoy orgulloso de vos", me dijo y me hizo sentir importante.

La convocatoria de Liniers era conmovedora y decía algo así:

*(...) Vengan, pues, los invencibles cántabros, los intrépidos catalanes, los valientes asturianos y gallegos, los temibles castellanos, andaluces y aragoneses; en una palabra, todos los que llamándose españoles se han hecho dignos de tan glorioso nombre. Vengan, y unidos al esforzado, fiel e inmortal americano, y a los demás habitantes de este suelo, desafiaremos a esas aguerridas huestes enemigas que, no contentas con causar la desolación de las ciudades y los campos del mundo antiguo, amenazan envidiosas invadir las tranquilas y apacibles costas de nuestra feliz América.
(...)*

Y allá fueron todos y sentaron las bases de la infantería, la caballería y la artillería. No voy a detenerme a contarte cómo era cada uno de los regimientos, pero en el blog de nuestro algunas figuritas que fui

consiguiendo en estos años (<http://elfantasmadelasinvaciones.blogspot.com/>).

Si volvían los ingleses, esta vez nos iban a encontrar organizados y preparados. Ese era el objetivo de la convocatoria. Pero los ingleses también eran cada día más. Por supuesto que en aquella época no había e-mails ni sms, y una carta tardaba meses en llegar, si es que llegaba. Así que recién en octubre de 1806 supieron en Londres que los ingleses al mando de Beresford habían tomado Buenos Aires, o sea, se enteraron de la supuesta victoria cuando la ciudad ya había sido recuperada por los criollos y había sido firmada la capitulación, la verdadera y la falsa. Entonces, sin saber que la invasión había fracasado, los ingleses mandaron 3800 soldados al mando del brigadier Auchmuty para reforzar la plaza. Y en noviembre mandaron otros 4000 al mando del general Craufurd. Y en marzo de 1807 mandaron al teniente general Whitelocke con 1600 hombres más y la orden de Su Majestad de ponerse al frente de todos para que Buenos Aires quedara bajo el dominio inglés.

Ya no cabían dudas acerca de las intenciones de los ingleses. Además de las tropas en viaje, por acá todavía quedaban unos cuantos de sus soldados. Y como te dije, Beresford y otros jefes no estaban tan lejos de Buenos Aires, apenas en Luján. En febrero nos llegó la noticia de que Montevideo había sido tomada por los ingleses, y todos supimos que los colorados volverían, tarde o temprano, a atacar Buenos Aires. Una de las medidas que tomaron entonces la Audiencia y el Cabildo fue que se debían sacar lo más rápido posible a Beresford y a sus hombres de Luján y mandarlos a Catamarca. Pero hubo un complot y los encargados de custodiar a Beresford se lo entregaron a dos criollos, Peña y Padilla, que lo ayudaron a escapar y a embarcarse con rumbo a Inglaterra poco después en el buque de bandera británica *Charwell*.

Sospechosamente, los días en que Beresford fue liberado, Manuel tampoco vino a la imprenta. Lo hizo recién unos días después. Yo había empezado a tomar cierta distancia de él. A pesar de que lo seguía sintiendo mi amigo, no podía dejar de dudar de cada cosa que decía y hacía. Sobre todo cuando no se lo veía por días. En cambio él, que seguramente lo notó, se mostraba amable, simpático, y hasta más cariñoso que nunca. Como si más que mi amigo, él fuera algo así como mi hermano mayor. Una tarde en que después de limpiar los tipos y guardar las cajas en el chibalete estaba a punto de irme, él me detuvo. "¿Qué te pasa, Julián?", me preguntó. "Nada", le contesté. Pero él insistió: "Te veo distante, algo enojado, ¿es conmigo?". Elegí decir verdades a medias y callar mis sospechas. "Sí, estoy enojado", le dije, "pero mi enojo no es con vos; estoy enojado porque no quiero estar acá, me siento inútil en la imprenta, me gustaría formar parte de alguna milicia, pero con quince años nadie me acepta". "¿Ves?,

tendrías que habérmelo dicho antes. Yo conozco un ejército donde te tomarían a tu edad." "¿Cuál?" "El ejército al que pertenezco yo." "No sabía que pertenecías a un ejército." "Porque el mío es un ejército secreto, no hablamos de él, no le ponemos nombre ni dejamos registro de nada. ¿Querrías ser parte de mi ejército?", me preguntó. "Explicame un poco más de qué se trata", le contesté. "Es que esa es la gracia de un ejército secreto, que es secreto, así que no puedo decirte nada si no decidís formar parte de él", me explicó sin convencerme. "Pero no es fácil aceptar ser parte de algo que uno desconoce por completo", le dije. "Si confiás en quien te invita, no", me respondió. "Al menos decime a quién sirven", le pedí. "A la patria de cada uno", me contestó. Y luego dijo: "Pensalo".

Y tal como me había pedido, yo me fui de ahí pensando en ese ejército al que me proponía ingresar Manuel y preguntándome si, tal vez, su uniforme no serían túnicas marrones.

UNOS DÍAS después, una mañana de crudo invierno, María entró a la imprenta muy nerviosa. Ni siquiera tuvo la precaución de no hablar delante de Manuel. Probablemente lo que ella dijo él ya lo sabía. "Los ingleses desembarcaron en Ensenada y Liniers salió con su gente a enfrentados, a vencer o morir, pero lo vencieron en Miserere. Liniers y sus hombres ya están acá, entraron huyendo a la ciudad", dijo casi llorando. Se pasó el brazo por los ojos para secarse las lágrimas y luego agregó con decisión: "Tenemos que salir a las calles e impedir que los colorados crucen otra vez el Riachuelo". "¿Quiénes somos los que tenemos que salir?", le preguntó Manuel con un tono que no me gustó. "¿Vos creés que una mujer de tu edad y tu tamaño puede hacerle frente a un ejército como el inglés?" Me dieron ganas de golpearlo por primera vez en la vida. Si había alguien con quien yo no podía dejar que nadie, ni siquiera Manuel, se metiera, era con María. Pero ella se defendió bien sola: "Una mujer de mi edad y mi tamaño no sé si puede, pero yo, María, la cocinera de esta casa, puedo, y eso es lo que voy a hacer". Entonces ella dio por terminada la charla con Manuel, me miró y me preguntó: "Vos venís conmigo?, voy a ver cómo se están preparando nuestros amigos". Tuvo la precaución de no nombrar a Tomás y a los sirvientes de los Casamayor. Manuel también me miró esperando una respuesta. "Sí", dije, "voy". Él intentó detenerme: "¿Estás seguro?", preguntó. Y sin darme tiempo a responder repitió su pregunta: "¿Estás seguro de que querés estar en un lugar tan pequeño de esta historia?". "Me necesitan allí", dije y traté de ser lo más terminante posible para que Manuel no siguiera insistiendo. "Está bien", dijo entonces y anotó algo en un papel que luego me dio. *Santo Cristo y Las Torres Habitación 3. Tres Reyes, tres golpes, silencio, tres golpes.* "Por si cambiás de idea y te decidís a crecer de una vez y pelear esto desde un lugar más importante."

Me guardé el papel en el bolsillo y me fui con María. Corrimos como dos locos hasta la casa de los Casamayor. Entramos por la puerta del corral. Los sirvientes estaban reunidos en el patio. Encarnación y su hermano Gonzalo estaban allí. También su madre, que parecía asustada: su padre se había ido la noche anterior y no habían tenido noticias de él todavía. Tomás transmitía las novedades y nos organizaba: "Los ingleses ya cruzaron por Paso Chico, la ciudad está en peligro; el alcalde, Martín de Álzaga, acaba de convocar a todas las fuerzas a la Plaza Mayor y a cada uno de los habitantes de esta ciudad a defender cada casa, cada calle y cada metro de terreno, sin distinción de clases, edades ni sexos. Tenemos que buscar cualquier cosa que pueda servir para detener el paso de los ingleses. No van a alcanzar los fusiles y granadas de nuestros soldados. Todos debemos ser parte de la defensa de Buenos Aires". Encarnación, su hermano y

yo nos pusimos a la cabeza de quienes juntaban piedras. Doña María se puso a hervir agua. Todos trataban de inventar armas caseras: frascos con fuego, ladrillos, trozos de maderas. Luego nos subimos a los techos a esperar a los colorados.

Los ingleses entraron confiados, no contaban con que esta vez toda la ciudad estaría levantada en armas, aunque esas armas fueran piedras. Cuando pasaron delante de la casa de los Casamayor descargamos todo lo que teníamos sobre ellos, como hicieron cada uno de los habitantes de Buenos Aires desde el lugar donde estaban. Pero a pesar de eso y de las bajas que les produjo, las columnas inglesas lograron seguir hacia la plaza.

Y entonces fue que decidí que tenía que ir por más. Miré el papel con la dirección que me había dado Manuel: *Santo Cristo y Las Torres Habitación 33. Tres Reyes. tres golpes, silencio, tres golpes*. No le quise contar a Encarnación, la conocía, sabía que iba a querer venir conmigo y habría sido peligroso para ella. Además, Manuel me había insistido con la calidad secreta de su ejército, y yo no podía defraudar su confianza. En todo caso, más adelante le preguntaría si podía incorporar a Encarnación a ese ejército, así como él me trató de incorporar a mí; o al menos si me permitía contarle que yo pertenecía a él sin develarle detalles que no pudieran ser develados. Casi no dudé, tomé la decisión con convicción. Ya había hecho todo lo posible desde de la casa de los Casamayor, pero tal vez Manuel tenía razón, tal vez había llegado el momento de buscar un lugar más importante desde donde luchar por la patria.

El problema era que cuando Manuel y yo hablábamos de "la patria", no hablábamos de lo mismo Pero eso lo supe recién un rato después. Cuando ye era demasiado tarde.

LA CALLE ardía. El Regimiento de Patricios de Cornelio Saavedra no dejaba llegar a los ingleses al fuerte y la batalla se daba unas cuadras antes. Yo rodeé la plaza y entré desde el Bajo. Pasé la puerta de ingreso a los Tres Reyes sin que nadie me preguntara nada, estaban sucediendo demasiadas cosas en la ciudad como para que alguien se ocupara de mí. Busqué la habitación 3. Me paré frente a ella. Leí otra vez el papel de Manuel, di tres golpes, esperé, y luego di otros tres golpes más. Del otro lado de la puerta llegaba olor a incienso. Me resultaron unos minutos interminables, de esos que parecen de más de sesenta segundos. No sé cuánto tiempo pasó pero en mi ansiedad creí que no me habían escuchado, y estaba a punto de volver a golpear cuando la puerta se abrió delante de mí. Tengo que reconocer que lo que vi, aunque ya lo había visto antes, me impresionó: once hombres con túnica marrón y un antifaz sobre sus ojos, en círculo, esperando que yo entrara. No me atrevía a dar los pasos necesarios. "Bienvenido", dijo Manuel. A pesar del antifaz no me fue difícil reconocer esa voz. Y luego me extendió una túnica blanca para que me la pusiera. "Qué bueno que hayas confiado, qué bueno que te unas a nuestro ejército", dijo mientras me ayudaba a calzarme la ropa. "¿Son masones?", me atreví a preguntar. Tomás me había contado que se habían instalado en la ciudad y en Montevideo algunas logias masónicas, los Hijos de Hiram, la logia de la Estrella del Sur. "No, no, no te confundas", dijo uno de los once. "Somos mucho más que masones. Estamos encima de esa organización y de cualquier otra, porque nuestra patria lo está". "Nuestra patria está por encima de la de todos ellos", dijo otro. "¿Quiénes son, entonces? ¿Cómo se llaman?", insistí. "Somos un ejército sin nombre", dijo Manuel. Y luego agregó: "Sin nombre nadie podrá nombrarnos y, por lo tanto, nadie podrá nunca delatarnos ni traicionarnos. No tenemos otra familia y otro origen que nosotros mismos. La Historia no podrá dar cuenta nunca de nosotros, pero nosotros estaremos allí donde haya que estar, siempre". Manuel se acercó, me hizo poner la capucha blanca en la cabeza y dijo: "Una vez que te iniciemos, entonces conocerás de nosotros todo lo que debas y puedas conocer". No sabía qué hacer. O sí sabía pero ya era tarde: huir de allí. No lograba definir si esos once tipos eran locos, o brujos, o tontos, pero en cualquier caso eran peligrosos. Y yo no supe medir bien y a tiempo ese peligro. Sólo me quedaba dejar que me iniciaran, conocer así sus secretos, y luego encontrar el momento adecuado para huir. Así que me coloqué en el centro del círculo, como me pedían. Alguien encendió más incienso mientras murmuraba una canción, o un rezo; no podía ver, pero sí oler o escuchar, y recordé cuando Tomás me había enseñado la

importancia de saber reconocer olores y sonidos. En seguida uno de ellos, al que todos llamaban "padre" se acercó a mí. Vino a mi mente el encuentro con Peter Brand en el primer paseo con Manuel por la ciudad, y por fin supe a quién se refería Brand cuando le decía que le avisara a su "padre" de la llegada de los barcos colorados. El "padre" por el respeto con el que se dirigían a él los demás, debía ser algo así como el jefe supremo, el miembro más importante de la organización. Puso una mano sobre mi cabeza y me pidió que repitiera con él: "Prometo con mi vida", dijo. "Prometo con mi vida", dije y crucé mis dedos debajo de la túnica para que el juramento no valiera. "No revelar jamás los secretos del ejército sin nombre que hoy me serán develados." "No revelar jamás los secretos del ejército sin nombre que hoy me serán develados." "Luchar siempre por nuestra patria." "Luchar siempre por nuestra patria." "A la que defenderé con la vida." "A la que defenderé con la vida." "¡Nuestra única patria es el dinero. Juro entregar mi vida y la de quien sea, por el poder del dinero". De verdad intenté decirlo, intenté decir, "entregar mi vida y la de quien sea por el poder del dinero", pero no pude. Ni siquiera cruzando los dedos debajo de la túnica. Insistieron. El "padre" volvió a repetir la sentencia, y luego la repitió la voz de Manuel, con firmeza, transmitiendo, con el tono con que pronunciaba las palabras, que yo debía repetir de inmediato lo que me decía. Entonces cometí un grave error, el error que me costó la vida: me saqué la capucha y vi quiénes eran esos hombres. Se habían sacado su antifaz y supe que mi suerte estaba echada. Julián Espósito tenía que morir. No les había dejado otra salida. Conocía a casi todas las caras que me rodeaban. Algunos ya los fui nombrando a lo largo de esta historia, otros no. Políticos, funcionarios, curas, comerciantes, militares, periodistas, hombres que luego la historia nombraría como "próceres". No todos los que nombré a lo largo de estas páginas estaban allí, claro, también hubo en mi relato, en lo que te cuento, gente de bien. Pero sentí una gran desilusión. No, no, no voy a decirte sus nombres. ¿Que por qué no lo hago? Porque tengo que protegerte. Porque si supieras te pasaría lo mismo que a mí. Porque los miembros del ejército sin nombre aún siguen con su poder intacto hoy, mezclados entre nosotros, o entre ustedes, los que están vivos. Dando su vida por el poder del dinero. Y no les gustaría que conozcas ni siquiera los nombres de los miembros muertos. Porque esos muertos te llevarían a ellos, a los que hoy manejan el mundo. Esa es la razón por lo que esa parte de la historia morirá conmigo.

Y yo morí aquel día. Manuel lo dijo por fin con todas las letras: "Deberás morir". "Pensé que eras mi amigo, pero me traicionaste", le dije y entonces pareció, de verdad, enfurecer. Lo vi como nunca antes, sus ojos estaban inyectados de sangre. "¡¿Amigo?! ¡¿Amigo!?" La

historia del mundo no es más que la suma de pequeñas o grandes traiciones. Ese ha sido siempre tu error, Julián, tu patria: la amistad. Creés en la amistad por encima de cualquier otro ideal, de cualquier otra patria. ¿¿¿¿Cómo podés pensar que la amistad está por encima del dinero?!!! Solo alguien ingenuo e infantil como vos puede pensar semejante estupidez. El dinero es el bien supremo, el dinero manda en este mundo, el dinero es la patria, lo que no hay que traicionar. Lo demás no cuenta. ¡No me vengas a hablar de la amistad, niño estúpido!" Entonces, en medio de su furia, clavó una estaca de plata en mi pecho. La sangre brotó y manchó la túnica blanca. Y mientras me dejaba morir, lo oí decir: "Pero no te resultará tan fácil, la muerte es demasiado poco castigo para vos. No dejaré que te vayas así como así de este mundo a disfrutar la vida eterna. Yo, Manuel Brownie, soldado del ejército sin nombre, te condeno a que vagues como un fantasma por siempre, en estas cuadras que caminamos juntos tantas veces, para que aprendas, por fin, que el dinero es más que la amistad. Y solo podrás liberarte de esta condena si me demuestras lo contrario, esté donde yo esté, niño tonto. Si algún día le contás esta historia a alguien y lográs su amistad, si conseguís que alguien te escuche tus pavadas hasta el final, y crea en lo que le decís, si conseguís que alguien confíe en vos como los miembros del ejército sin nombre confiamos en el dinero, entonces, solo entonces, podrás ir a descansar en paz donde descansan las almas que así se lo merecen".

Oí su maldición como en un eco lejano. Mientras se iba de mí el último aliento, lo miré. Y como soy un tonto que cree en la amistad, antes de que mis ojos se cerraran para siempre, me pareció ver que los suyos, a pesar de lo que dijo, a pesar de la traición de Manuel, a pesar de que para él el dinero valía más que un amigo, estaban llenos de lágrimas.

Epílogo

Lo SIGUIENTE que vi después de los ojos húmedos de Manuel fue esta plaza, la gente pasando alrededor de mí sin verme, la bandera española, que flameaba otra vez en el mástil del fuerte. Me fui enterando de lo que había sucedido a medida que escuchaba lo que decía la gente que pasaba junto a mí. Después de la derrota de Miserere, Liniers y Martín de Álzaga trazaron con rapidez el plan de acción para la defensa de la ciudad, que resultó muy efectivo. Los ingleses, a su vez, cometieron muchas desinteligencias: el mapa con que contaba Whitelocke tenía datos incorrectos, sus órdenes no fueron bien interpretadas por Craufurd, subestimaron a su adversario ya que su ejército se encontró no solo con soldados enemigos, sino con la ciudad toda defendiéndose de ellos. Los habitantes de Buenos Aires habían improvisado barricadas de yerba y cuero, habían tapado las entradas a las iglesias con cartones para que los ingleses no pudieran tomarlas, y estaban dispuestos a hacer lo que fuera para frenarlos. A las 12 horas del mediodía del 5 de julio de 1807, al mismo tiempo que Manuel clavaba la estaca de plata en mi pecho, Liniers le pedía a Craufurd, atrincherado en la iglesia de Santo Domingo, que se rindiera. Los ingleses habían perdido entre bajas y prisioneros más de la mitad de sus soldados, pero Craufurd rechazó la oferta y la lucha continuó con fiereza. Recién se rindió, aceptando que la suerte de los ingleses estaba echada, a las 3 de la tarde. Whitelocke firmó la capitulación el 7 de julio y se comprometió a abandonar Montevideo. Y, aunque suene raro, el día 11, Liniers brindó un banquete a los jefes enemigos derrocados.

La Audiencia nombró a Liniers virrey interino.

En cuanto a la gente que yo quería, recién después de un par de días vi pasar a Encarnación, María y Cata, de luto, yendo a rezar a la catedral por mi alma y llevando flores a mi tumba. Quise hablarles, tocarlas, abrazarlas. Pero yo no estaba allí, yo era un fantasma. Mientras ellas lloraban por mí.

¿Qué más contarte? Así pasaron días, meses, años. Poco a poco fui aceptando mi situación, pero nunca me resigné.

Por esta plaza vi pasar la historia entera de nuestro país.

Y vi pasar la vida de los otros que siguió, sin reproches de mi parte: el casamiento de Encarnación varios años después, sus hijos, el casamiento de sus hijos, el casamiento de los hijos de sus hijos. El ciclo de la vida que continuaba para todos menos para mí. Y también la muerte, la de la gente que quise, la de María primero. La de Encarnación poco después, que me hizo llorar como un chico.

Esta es mi historia, la que la flaca de Literatura eligió para que vos salves la materia. Si creés en Julián Espósito y en su relato, además de

la materia me vas a salvar a mí. Porque me habrás dado tu confianza, y con ella, tu amistad. Eso que para mí sigue valiendo más que el dinero o cualquier patria de cualquier ejército sin nombre. Y si no, seguiré esperando. Esperé doscientos dieciocho años, así que puedo esperar un par de años más. Pero me siento viejo y cansado, debo confesarte. Y me haría muy bien que cuando cierres este libro lo que queda de mí pueda volar a ese lugar donde descansan otros. Mi historia terminó, lo que queda lo vas a escribir vos en un instante. Y para que no tomes una decisión apresurada, te dejo en <http://elfantasmadelasinvaciones.blogspot.com/> un bonus track y unas fotos finales. Algunos nombres y algunas imágenes de cosas que vi en la plaza en todos estos años y que no voy a olvidar nunca. Todo lo que vi me acompañará siempre, así siga siendo un fantasma o deje de serlo, así siga preso en estas calles o logre ir a ese lugar donde van las almas libres. A ese lugar donde sé que me espera Encarnación.

Bonus track

¿QUÉ FUE DE LA VIDA DE?

La historia es la suma de pequeñas o grandes traiciones.
MANUEL BROWNIE

Manuel Brownie

No hay datos certeros acerca de la fecha de su nacimiento pero se estima que fue alrededor de 1788. Tampoco se ponen de acuerdo los historiadores acerca del lugar donde nació, pero se sabe que era criollo. Usó alternativamente los apellidos Brown, Barke, Rown, y Brownly. Hijo ilegítimo de un comerciante inglés, tuvo alta participación durante las invasiones inglesas cambiando de bando según sus propios intereses. Después de la capitulación de 1807, desapareció de Buenos Aires, pero siguió trabajando para el ejército sin nombre, si es que este alguna vez existió. En 1812, fundó su primer banco en Río de Janeiro: el Brown Brothers Bank, que luego expandió sus negocios por todo el mundo. No hay datos sobre si se casó alguna vez pero distintas personas, muchas de ellas de gran influencia en las políticas económicas mundiales, se adjudican ser sus descendientes. Se supone que murió cerca de 1850, en una isla del Caribe donde se había retirado años atrás.

Virrey Rafael de Sobremonte

(Sevilla, 1745-Cádiz, 1827) Su verdadero nombre era Rafael de Sobremonte, Núñez del Castillo Angulo Bullón y Ramírez de Arellano, tercer marqués de Sobremonte. Fue un aristócrata, militar y administrador colonial español. Casado con la criolla Juana María de Larrazabal, tuvo doce hijos. Lo depusieron como virrey después de la caída de Montevideo, pero recién regresó a España en 1809, donde fue sometido a Consejo de Guerra. En 1813, fue absuelto, recibió los sueldos atrasados y fue ascendido a mariscal. A los 75 años, viudo, se casó en segundas nupcias con la viuda del virrey Cisneros. Murió en Cádiz en 1827 empobrecido y sin prestigio.

Peter Brand

(Liverpool, 1770-Londres, 1832) Espía británico de importante actuación en España y el Virreinato del Río de la Plata. Llegó a Buenos Aires de la mano de su amigo el famoso espía James Burke, amante de la Perichona, y fue quien continuó su tarea en Buenos Aires luego de su expulsión. En 1809, Brand abandonó para siempre las tierras americanas y se unió a Burke en Madrid. En 1826, vendió su grado militar y ya no se supo de él.

Encarnación Casamayor

(Buenos Aires, 1792-1845) Hija de Sofía y Félix Casamayor. Cuando en las invasiones inglesas muere su prometido ella enferma de pena. Viajó a Córdoba para recuperarse bajo el cuidado de sus sirvientes, Tomás y Catalina Agum. Regresó a Buenos Aires dos años después, con la salud recuperada. Fue una de las principales benefactoras de la Casa de Niños Expósitos, a la que dedicó gran parte de su tiempo. En 1810, conoció a Federico de Álzaga, sobrino segundo de Martín de Álzaga, con quien se casó y tuvo tres hijas. Participó en reuniones políticas y tuvo gran actuación en la gesta revolucionaria de Mayo de 1810. Murió en 1845. Hasta el último de sus días siguió llevando flores a la tumba de Julián Espósito.

La Perichona

(Isla de Borbón, 1775-Buenos Aires, 1847) Su verdadero nombre era Ana Perichon. Alias, la Perichona, la Maga, Madame Perichon. Llegó al Río de la Plata en 1797. Fue una mujer de ojos inquietantes y amores violentos, y vida social, erótica y política agitada. Algunos creen que era una espía inglesa. Casada desde 1792 con Tomas O'Gorman; fue también amante de Burke y de Santiago Liniers, entre otros. En 1808, Burke le mandó una carta a Liniers desde Río de Janeiro, en la que denunciaba amoríos e intrigas de la Perichona en esa ciudad. Liniers entonces la desterró. Ella intentó regresar en 1809 pero el virrey Cisneros no quiso recibirla. Se instaló en las afueras de Buenos Aires y luego del fusilamiento de Liniers se recluyó con hijos y esclavos en su quinta. Murió a los 72 años, casi olvidada.

Tomás, el esclavo sabio

(África, 1780-Buenos Aires, 1853) Desde que llegó al Virreinato como esclavo, se lo conoció como Tomás Agum, apellido que podría ser una derivación fonética de su nombre africano. Pero los habitantes de Buenos Aires lo conocían como Tomás el sabio, por sus llamativos conocimientos de las ciencias y la política. Cuando el Cabildo sorteó libertades entre los esclavos de destacada participación durante las invasiones Inglesas, Tomás obtuvo la suya. Pero él y su mujer, Catalina Agum, decidieron renunciar a ella para cuidar de cerca a la hija de sus amos, Encarnación Casamayor, que había enfermado luego de la muerte de su prometido, Julián Espósito, en 1807. Murió en la casa de Encarnación Casamayor y Federico de Álzaga a los 73 años.

General William Carr Beresford

(Inglaterra, 1768-1854) Militar y político británico. General en el ejército británico y mariscal en el ejército portugués. De regreso en Londres, en 1807, se le ordenó ocupar la isla Madeira para que no la

tomara Napoleón. En 1812, dirigió un ejército angloespañol contra los franceses, donde peleó junto a José de San Martín. Permaneció un tiempo en Portugal y luego se trasladó a Río de Janeiro, donde organizó el ejército portugués que años más tarde venció a Gervasio Artigas. En 1821, regresó a Inglaterra. En 1830, fue Ministro del gabinete de Wellington; luego se retiró del ejército y fue nombrado vizconde. Falleció en Londres en 1854.

Juan Martín de Pueyrredón

(Buenos Aires, 1776-San Isidro, 1850) Militar y político argentino. A fin de 1807 viajó a España a pedir ayuda porque la flota inglesa seguía en el Río de la Plata. Volvió en 1809 a Montevideo, donde fue arrestado por los enemigos de Liniers, pero logró escapar. Se fugó a Buenos Aires y allí también fue apresado, pero logró escapar otra vez. En 1810, se puso a disposición del primer gobierno patrio. En el mismo año fue nombrado gobernador de Córdoba; en 1811, comandante del Ejército del Norte, y luego miembro de Primer Triunvirato. Cuando el Triunvirato fue acusado de debilidad, Pueyrredón fue desterrado a San Luis, donde se dedicó al comercio y a la agricultura. En 1815, fue electo diputado por San Luis para el Congreso de Tucumán, que a su vez lo nombró Director Supremo del Río de la Plata. En 1820, Sarratea lo arrestó pero antes del fusilamiento lo dejó escapar. En 1823, nació su único hijo, el famoso pintor Prilidiano Pueyrredón. Murió en San Isidro en 1850.

Martín de Álzaga

(España, 1755-Buenos Aires, 1812) Comerciante y político español defensor del monopolio. De importante actuación en el Río de la Plata, su participación en las invasiones inglesas fue muy destacada y fundamental para la victoria. En enero de 1809, organizó una revolución para deponer a Liniers (Asonada del 1 de enero), pero no resultó exitosa y terminó preso en Carmen de Patagones. Participó en la caída del virrey Cisneros y puso a algunos de sus hombres en la Primera Junta. Fue fusilado en 1812, acusado de querer conspirar contra el Primer Triunvirato, cargo que nunca pudo ser probado.

Santiago Liniers

(Francia, 1753-Cabeza de Tigre, Argentina, 1810) Su nombre completo era Santiago Liniers y Bremond. Militar francés, administrador colonial de la corona española y virrey entre 1807 y 1809. Héroe de la Reconquista y la Defensa, el rey confirmó su nombramiento como virrey pero luego se lo acusó de nepotismo, cohecho y peculado. La sociedad no le perdonó que fuera extranjero y sus amoríos con la

Perichona. Se opuso a la Primera Junta, por lo que fue fusilado por orden de Castelli en 1810, acusado de traición a Fernando VII.

Teniente Whitelock

(Inglaterra, 1757-1833) Sir John Whitelocke fue un oficial del ejército británico. Luego de capitular en condiciones humillantes en Buenos Aires en 1807, dejó Montevideo el 1 de septiembre de ese año. Fue juzgado por un Consejo de Guerra en Chelsea. El 18 de marzo, el tribunal lo declaró culpable de la mayoría de los cargos, le dieron la baja y lo declararon inepto e indigno para servir a su majestad británica como militar. Se retiró y murió en 1833.

AHORA sí, el final es tuyo.
Si llegaste hasta acá, en un instante me estaré
yendo.
Y si llegaste hasta acá, te estaré agradecido por
toda la eternidad.
Ojalá vos y yo tengamos la misma patria.
De mi parte, es todo.

A Juan Martini

A Anahí Traba

A Willy Splett

A Matías Maggio Ramírez